

LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA (1872-1876): “SAN SEBASTIÁN ANTE LA AMENAZA CARLISTA”

José Antonio RECONDO BRAVO

Doctor en Medicina

Miembro de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País

Resumen:

Tras varios intentos de sublevación fallidos, el 20 de diciembre de 1872 se inició en Euskal Herria la segunda guerra carlista (sería la tercera en España), que finalizó con la retirada de Don Carlos, pretendiente carlista al trono de España, a Francia el 27 de febrero de 1876.

En el verano de 1873 los carlistas iniciaron una ofensiva en Gipuzkoa que les hizo dueños de casi la totalidad de la Provincia. San Sebastián quedó rodeada por el enemigo y aislada. Las familias liberales de los pueblos ocupados se refugiaron en la capital. El trabajo analiza en detalle la vida en San Sebastián, durante el asedio y bombardeo de la ciudad.

Palabras clave: San Sebastián. Guerra carlista. Siglo XIX. Historia.

Laburpena:

Hainbat asaldura saiok porrot egin ondoren, 1872ko abenduaren 20 an, bigarren guerra karlista (hirugarrena Espainian) hasi zen Euskal Herrian. Gerra bukatu zen Don Karlos, ustezko Espainiako koraren erregegaia Frantziara erretiratu zenean, hau da, 1876ko otsailaren 27an.

1873ko udan karlistek erasoari ekin zioten Gipuzkoan eta ia probintzia osoaren jabe egin ziren. Donostia etsaiak inguratuta eta isolatua geratu zen. Hartutako herrietako familia liberak hiriburuan babestu ziren. Lan honek Donostiako setioan eta bonbardaketa garaian ezagututako bizitza zehatz-mehatz aztertzen du.

Hitz-gakoak: Donostia. Karlista guerra. XIX. mendea. Historia.

Abstract:

After several failed uprising attempts, on December 20, 1872, the Second Carlist War initiated in Euskal Herria (which would be the third in Spain), ended with the withdrawal of Don Carlos, a Carlist pretender to the throne of Spain, to France on February 27, 1876.

In the summer of 1873, the Carlists began an offensive in Gipuzkoa that made them owners of almost the entire Province. San Sebastian was surrounded by the enemy and isolated. The liberal families of the occupied villages take refuge in the capital. The work analyzes in detail the life in San Sebastián, during the siege and the bombing of the city.

Key words: San Sebastian. Carlist war. XIX century. History.

Introducción

Han transcurrido casi 150 años, desde la finalización de la última guerra carlista que asoló el territorio vasco navarro. Alguno puede pensar, que ya va siendo hora de olvidar estos episodios históricos, tristes, lejanos en el tiempo, y superados.

Sin embargo, las guerras carlistas y en especial, la segunda, han influido de forma decisiva en la génesis de nuestra identidad como pueblo y han desempeñado un papel importante en la construcción de lo que es nuestro modelo de gobierno actual.

Este trabajo, forma parte de otro más amplio que recientemente salió publicado en forma de libro en mayo del 2018 con el título “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”.

A los cuatro meses de finalizada la guerra (20 diciembre 1872-27 febrero 1876), el gobierno alfonsino de la Restauración presidido por Cánovas de Castillo, un 21 de julio de 1876, decretaba la abolición de los fueros en las provincias vascas¹. La orden conmocionó a toda la población. De un plumazo quedaron suprimidas las normativas de autogobierno que habían pervivido con nosotros durante al menos medio milenio. Para evitar desórdenes, el gobierno central declaró la ley marcial de forma indefinida y una fuerza de 40.000 hombres se estacionó en el territorio vasco. El 4 de noviembre de 1879, tres años después de finalizada la guerra, el gobierno decretó el levantamiento del estado de sitio y el restablecimiento de las garantías constitucionales. Los gastos del mantenimiento de las tropas recayeron sobre las diputaciones y ayuntamientos.

En adelante, los vascos debían pagar impuestos al Estado. Como la administración central carecía de base de implantación y suficiente estructura en las provincias vascas, se ideó una fórmula provisional para salir del paso: serían las diputaciones las responsables de la recogida de los

1. ESTORNÉS, Idoia. Carlismo y abolición foral: en torno a un centenario, 1976-1976. Colección Auñamendi. Donostia-San Sebastián. 1976, pp. 187-189.

impuestos y posteriormente, éstas ingresarían en las arcas de la hacienda estatal una cantidad pactada o "cupo". Nació así el llamado Concierto Económico, que ha prevalecido hasta la actualidad.

La ley abolitoria obligaba a los vascos a servir en el ejército durante cuatro largos años².

La instauración del servicio militar obligatorio mediante el sistema de cupos generó un enorme rechazo en la sociedad vasca. El desencuentro entre el gobierno central y las diputaciones fue total. Hasta el punto de que las diputaciones vascas se negaron a cooperar e instaron a alcaldes y párrocos a que no facilitasen listas de censos y libros de familia, y obstaculizar así la confección de las listas de reclutamiento.

La aversión de los vascos al servicio militar que en aquella época duraba cuatro años (seis años hasta el año 1869) tiene su explicación.

Las malas condiciones higiénicas y las epidemias de tuberculosis y tifus diezmaban los cuarteles. Además, los quintos tenían muchas probabilidades de ser enviados a combatir en las colonias y contraer la malaria y otras enfermedades tropicales.

El peso del servicio militar recayó sobre los hijos y nietos de los carlistas. Durante cerca de 50 años las familias liberales quedaron exentas de participar en el sorteo de los cupos. De ahí que muchos hijos de familias carlistas emigrasen a América.

Sin lugar a dudas, la supresión foral fue percibida por todos los vascos, fuera cual fuese su ideología, como un castigo colectivo a todo un pueblo por su conducta en la guerra³.

Esta interpretación determinó que en las generaciones posteriores se acrecentase el interés por el euskera y la cultura vasca. Se popularizaron los juegos florales, las fiestas euskaras y proliferaron las publicaciones vascas. Hubo un incremento del sentimiento de identidad como pueblo, que alcanzó su zenit a finales del siglo con la llegada del nacionalismo.

2. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 284-287.

3. LUENGO, Félix: "Restauración: identidad, fueros, y autonomía, liberales, republicanos y carlistas", pp. 135-157. En *La autonomía vasca en la España contemporánea*, editores Castells, Luis y Cajal, Arturo. Marcial Pons historia, 2009.

La revolución de 1868 o de “La Gloriosa”



Fig. 1. Celebración del carnaval en Madrid. Las autoridades religiosas son ridiculizadas. Le Monde Illustrée.

En septiembre de 1868, un grupo de militares progresistas dio un golpe de estado que derribó la monarquía borbónica representada por Isabel II⁴.

El episodio marcó el final de un largo trayecto histórico de gobiernos muy restrictivos, en cuanto al disfrute de derechos y a participación en la vida política, y dio paso a un periodo con libertades. Fue el llamado Sexenio Democrático. Por primera vez se pudo debatir sin cortapisa alguna, sobre conceptos y cuestiones que todavía hoy en día están en discusión, como son: la forma de gobierno, monarquía o república; la estructura del estado, federal o confederal; el derecho a la autodeterminación; la separación de iglesia y estado, etc. Desgraciadamente, el experimento duró poco.

Mientras en el seno de la sociedad se discutía la forma de gobierno, monarquía o república, la autoridad provisional que asumió el poder inició

4. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 15 y ss.

un periodo de intensa actividad legislativa para preparar las bases para la implantación de un régimen democrático con sufragio universal masculino. Se dictaron leyes, tal vez demasiado avanzadas para un país todavía anclado en el antiguo régimen, que provocaron el rechazo frontal de los dos grupos situados en los extremos del espectro sociopolítico, esto es, los carlistas por un lado y los republicanos radicales por el otro.

Los carlistas y los "neocatólicos"⁵ se asustaron del cariz anticlerical de algunas de las medidas del gobierno. En Gipuzkoa, se asistió al cierre de conventos de clausura en pueblos como Zumaia, Errenteria, Tolosa, Azpeitia, etc. También se clausuró el seminario de los jesuitas en Loyola y el colegio que esta orden regentaba en San Sebastián, ya que en adelante la enseñanza debía ser laica.

Los republicanos radicales, que creían en un Estado de estructura confederal, se sintieron estafados por los diferentes regímenes que se sucedieron en el poder, la monarquía de Amadeo I primero, y después la república, cuyos gobiernos se afanaron en moderar los impulsos iniciales de la revolución septembrina⁶.

Ambos grupos terminarían enfrentándose al gobierno con las armas. De modo que en España estallaron dos guerras civiles a la vez, con el agravante que en Cuba se desató otro conflicto similar entre pro españoles de ideología conservadora y partidarios de la esclavitud por un lado, y pro independentistas, más progresistas y antiesclavistas por el otro.

En la zona norte, la guerra se circunscribió al pequeño territorio de las provincias vascas y Navarra. El peso económico del esfuerzo bélico recayó casi en exclusiva sobre los ayuntamientos y diputaciones vasco navarras, que terminaron arruinados. Obligadas a abastecer a ambos ejércitos contendientes, las instituciones vascas no fueron debidamente resarcidas. Todavía a comienzos del XX, el gobierno central no había abonado las deudas contraídas por los suministros al ejército gubernamental.

5. El partido neocatólico fue un grupo político conservador y confesional que se situó a la derecha del liberalismo moderado y dejó de prestar su apoyo a la reina Isabel II. Este movimiento nació en 1866 tras el reconocimiento por parte de Isabel II de la monarquía italiana. Los neocatólicos tenían gran influencia social, pues eran dueños de importantes periódicos.

6. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 15 y ss.

El San Sebastián de entreguerras

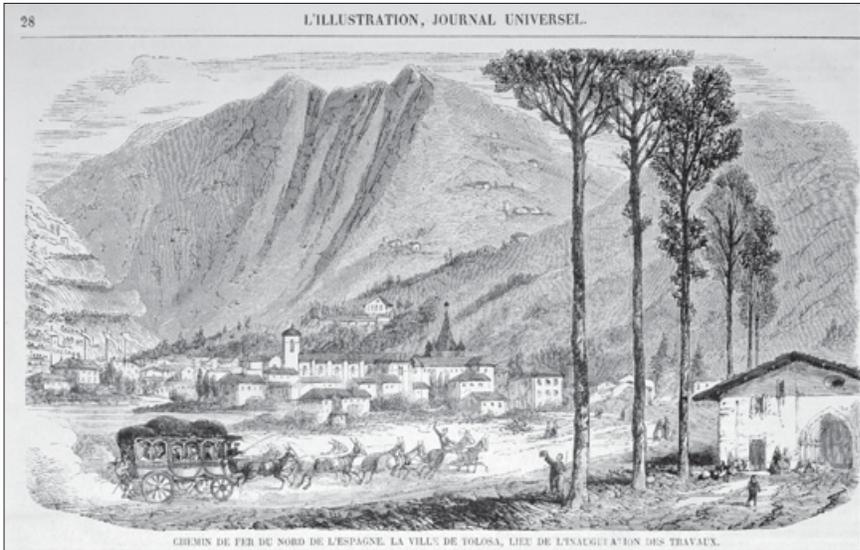


Fig. 2. Diligencia llegando a Tolosa. L'Illustration, Journal Universel. DFG-KMK.

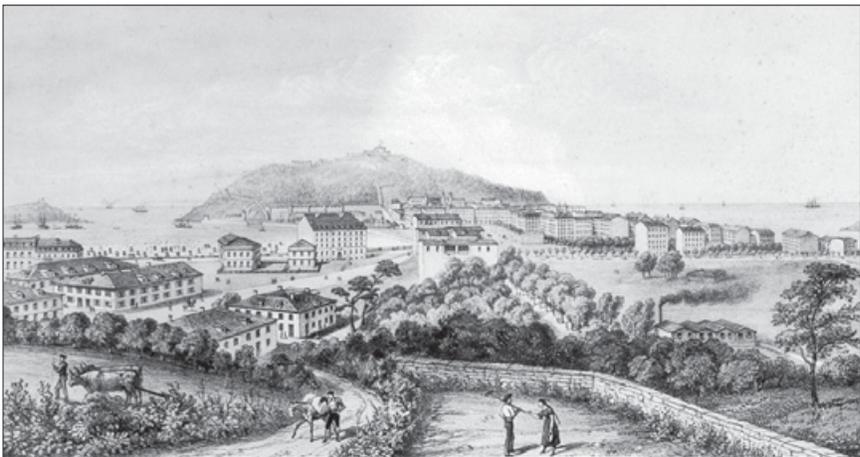


Fig. 3. Vista de San Sebastián después del derribo de las murallas. Se puede ver el hotel Cursaal construido en 1868 para casino-hotel. Autor: Rodolfo Sprenger. Museo San Telmo-STM.

Tras finalizar la primera guerra carlista, se inició en Gipuzkoa un periodo de estabilidad y desarrollo económico. Una de las consecuencias de la derrota carlista fue el traslado de las aduanas interiores a la costa, un

sueño deseado por los comerciantes de San Sebastián y por el gobierno liberal de la Nación⁷.

Los puestos aduaneros se ubicaban en los límites con Navarra, en las localidades de Tolosa, Segura y Ataun. Gipuzkoa, y el País Vasco en general, se había convertido en una zona de libre comercio. Los productos extranjeros para consumo de los guipuzcoanos eran de mejor calidad que los propios, y entraban sin ningún recargo. Solamente pagaban aranceles los géneros en tránsito a otros territorios del Estado. Por el contrario, las manufacturas fabricadas en el País no podían acceder al mercado nacional ni al de las colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

De ahí que la industria tradicional de Gipuzkoa, basada principalmente en la producción y elaboración del hierro, se hallara en decadencia⁸.

En 1784, Bayona se convirtió en puerto franco o de libre comercio. A partir de entonces, los comerciantes bayoneses, en su mayoría familias judías, tuvieron el monopolio del suministro a los mercados de Gipuzkoa, Navarra, Aragón y Castilla, tanto de los productos que venían de América (géneros coloniales) como de Europa (quincallería y ferretería fina).

La competencia de la capital vecina hizo que el comercio a través del puerto de San Sebastián se resintiera enormemente⁹.

Las insistentes peticiones de las autoridades donostiarras para que se trasladasen las aduanas a la costa, para así hacerse con el tráfico comercial desde el exterior, se estrellaban ante la oposición del resto de los ayuntamientos de la provincia a cuya cabeza estaba Tolosa. Los propietarios rurales dominaban la política de estos pueblos. Disfrutaban de las rentas y de los bajos precios de los productos de consumo y no querían cambios¹⁰.

A finales de 1841, se efectuó el traslado de las aduanas interiores a la frontera, lo que posibilitó el desarrollo industrial de la provincia y el comercio de San Sebastián.

Los comerciantes franceses se vieron obligados a instalarse en Gipuzkoa para evitar el pago de aranceles elevados.

7. GARATE OJANGUREN, María Monserrat. "El proceso de desarrollo económico en Guipúzcoa". Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Guipúzcoa. 1976, pp. 234-250.

8. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 23 y ss.

9. LARRINAGA, Carlos. "Comercio con América y traslado de las aduanas. El nacimiento del liberalismo económico en Guipúzcoa en la primera mitad del siglo XIX". Anales de historia contemporánea. Vol. 21. 2005, pp. 324-344.

10. LARRINAGA, Carlos: Inversiones extranjeras en Guipúzcoa en el siglo XIX (1842-1875). Historia contemporánea. N. 33. 2006 pp. 687-718.

Se pusieron en contacto con comerciantes donostiarras, como los hermanos Brunet, y unieron esfuerzos formando sociedades comerciales de capital mixto que crearon empresas industriales en los sectores papeleros y textiles en diversas localidades de la provincia, especialmente en Tolosa. Por lo general solían apoyarse en comerciantes locales. Los franceses aportaban capitales, conocimientos y tecnología.

Tolosa fue un protagonista principal en una primera etapa de la industrialización de la provincia, surgida en la década de los cuarenta, y liderada en sus inicios por comerciantes donostiarras y franceses¹¹.

La villa reunía condiciones especiales para el desarrollo: una posición estratégica como encrucijada de carreteras y la existencia en sus alrededores de abundantes saltos de agua y molinos, restos de un pasado ligado a laserrerías.

Todavía el ferrocarril no había hecho su aparición, y pocas poblaciones en la Nación contaban al igual que Tolosa con dos caminos carreteriles: la carretera de Irun a Madrid y la de Tolosa a Pamplona y Zaragoza.

Las décadas de los cuarenta y cincuenta fue la época dorada de las diligencias, que habían mejorado mucho en velocidad, comodidad y precio. En 1842 nada menos que tres compañías hacían escala en la villa. Una de ellas ofrecía transporte de viajeros en el trayecto entre Madrid y Bayona; las otras dos operaban en la línea de servicio Zaragoza-Tolosa. La villa también estaba conectada por carretera con Bilbao.

En 1845 Tolosa se convirtió en la capital permanente de la provincia. Con ello, se esperaba que la villa entrara en una fase de crecimiento demográfico y de desarrollo urbano, que finalmente no ocurrió debido a que la capitalidad no duró más de una década y, además, a las autoridades locales les faltó interés y ambición suficientes para cambiar las cosas¹².

Si bien es verdad que se construyeron algunas edificaciones públicas como el edificio de los Juzgados y las Cárceles, el de la Diputación, las Escuelas Públicas, el nuevo matadero junto al puente de Arramele, la ampliación del cementerio, el “Hospital de Epidémicos” junto a la Casa de la Misericordia, etc., pero el esfuerzo no pasó de ahí.

La corporación tolosana estaba dominada por los propietarios rurales, que vivían absortos en el pasado, y consideraban a los industriales como nuevos ricos.

11. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 24-25.

12. MARTÍN, Ángel: La construcción de Tolosa. Colegio Oficial de Arquitectos Vasconavarros. Bilbao 1993, pp. 196-203.

El consistorio aprobó un plan urbanístico muy anclado en el pasado y restrictivo que incluía un sinfín de trabas a la hora de obtener permisos de edificación. Para colmo de males el ensanche proyectado en la vega de Laskorain, futuro paseo de San Francisco, se vio afectado por el trazado del ferrocarril que partió en dos el espacio disponible.

De modo que el censo de Tolosa, que hacia 1850 era de 8.500 vecinos, quedó estancado durante muchos años. En 1860 la población había descendido hasta 8.128 habitantes y en 1900 quedaba en 8.111 almas. Por el contrario, San Sebastián fue creciendo en habitantes de forma exponencial; los 14.100 vecinos en 1860 se convirtieron en 41.000 en 1900¹³.

En San Sebastián pasó todo lo contrario, contaba con un grupo muy activo de comerciantes y prohombres de ideas liberales: los hermanos Brunet José y Francisco; José Manuel Collado; Claudio Antonio de Luzuriaga; Joaquín Gregorio Etxagüe; Joaquín Mendizabal; Joaquín Calbetón; Fermín Lasala padre e hijo y otros que gozaban de gran influencia en los gobiernos liberales progresistas de Madrid, y que impulsaron el progreso de la ciudad.

Tuvieron actuaciones muy afortunadas. Reivindicaron la capitalidad para Donostia con el argumento de que era la localidad guipuzcoana de mayor población y, por tanto, la que más impuestos pagaba. Además, poseía la principal aduana y el puerto marítimo. Los intentos dieron sus frutos y, en 1854, Donostia conseguía la capitalidad.

Pero la capital vivía apretujada: en la parte vieja habitaban 9.000 vecinos apiñados. Otros 5.000 habitantes se alojaban en los barrios periféricos¹⁴.

13. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 25 y ss.

14. En el San Sebastián de intramuros no solo había problemas de espacio, sino también de escasez de agua. Desde antiguo los trabajos de limpieza de la ropa se hacía en los caseríos. Las caseras lavaban la ropa de los establecimientos hosteleros y de muchas familias acomodadas, la secaban, la doblaban, y sin planchar, ya que esta labor era realizada por las planchadoras, las metían en cestas, y colocadas éstas sobre sus cabezas, la devolvían a la ciudad. Desde el siglo XVI el agua de San Sebastián provenía del manantial de Morlans. El aumento demográfico que experimentó la ciudad en el siglo XIX hizo que se aprovechara también el agua de la zona de Ulía. Primero, a finales de los cuarenta se captó el agua de los manantiales de la Moneda y Lapazandegui que vertían en Pasajes. Posteriormente, a principios de los 60, se echó mano del manantial Errotazar, ubicado en la vertiente norte de Ulía. En el año 1872, a punto de estallar la guerra, se llevaron a cabo importantes obras de conducción, ampliando el calibre de las tuberías, para de esta manera aprovechar mejor el caudal de Errotazar.

En los años 60 con solo 14.000 habitantes, la ciudad recibía a 40.000 turistas, con lo que las apreturas aumentaban todavía más¹⁵.

Se necesitaba espacio para el desarrollo comercial y turístico. En 1863, las élites donostiarras supieron convencer a las autoridades militares para que la ciudad perdiera su condición de plaza fuerte y de esta manera se pudiera llevar a cabo el derribo de las murallas (1863-1865). También invirtieron capitales para que llegase el ferrocarril a la ciudad y a Irun (agosto de 1864), y en 1870 se produjo el acceso al puerto de Pasajes. El tren revolucionó el transporte de viajeros. El turismo creció de forma exponencial, ya que el nuevo medio de locomoción resultaba mucho más rápido, cómodo y barato que la diligencia. Se puede afirmar que el turismo se democratizó, y se abrió a nuevas capas sociales.

La obra del ensanche de Donostia, proyectado por el arquitecto Antonio Cortázar, se inició inmediatamente después del derribo de las murallas en 1865¹⁶.

El crecimiento de la ciudad fue vertiginoso. Las parcelas recién adquiridas por donostiarras acaudalados eran revendidas de inmediato a forasteros obteniendo pingües beneficios. En solo cinco años se ocuparon casi todas las parcelas urbanizables entre el Paseo del Boulevard y la Avenida de la Libertad.

Se edificaron cientos de casas, se abrieron establecimientos elegantes y lugares de esparcimiento: dos casinos, doce hoteles y fondas. Ya no eran simples posadas, sino verdaderos hoteles de lujo donde si no hablabas francés no te permitían la entrada, dos teatros, una plaza de toros en Atocha en 1870. Lugareños y forasteros disfrutaban de dos magníficos paseos intercomunicados, el Boulevard o la Alameda y La Zurriola. En los veranos los donostiarras y forasteros gozaban de un entorno bucólico y campestre en el paseo o barrio de las Puertas Coloradas, la actual Ategorrieta, donde había magníficas arboledas, bancos de piedra cómodos y bonitos, merenderos, sidrerías y hasta un frontón. Los madrileños eran muy aficionados a este ambiente con sabor rural.

La guerra paró en seco este desarrollo urbano y los bañistas eligieron Santander como lugar de veraneo gracias a que esta ciudad también estaba comunicada por ferrocarril.

15. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 25 y ss.

16. MARTÍN, Ángel: Los orígenes del ensanche Cortázar. Barcelona: Fundación Colegio de Arquitectos, 2004, pp. 132-145.

Los inicios de la guerra



Fig. 4. Partida del capellán Aboitz en Durango a comienzos de 1873. Autor: Lejarreta, José de. Fondo familia Orbe.



Fig. 5. Toma de Estella por los carlistas. 24 de agosto de 1873. Autor: M. Vierge. Le Monde Illustrée.

La guerra se inició el 20 de diciembre de 1872. En dos levantamientos anteriores, los carlistas habían fracasado estrepitosamente debido principalmente al empeño de los sublevados en enfrentarse directamente a un ejército que estaba en todas partes gracias al uso masivo del ferrocarril¹⁷.

Los insurgentes, esta vez actuaron de forma diferente, encuadrados en grupos reducidos, daban pequeños golpes de mano y se retiraban de inmediato para evitar enfrentarse al ejército. Las partidas carlistas iniciales estaban mal armadas y sin uniformes. Muchos combatientes portaban palos, o escopetas, o catalejos, etc., cualquier objeto les servía como arma¹⁸.

Sin embargo, estas bandas de desordenados y desarrapados se transformaron en pocos meses en batallones disciplinados y adiestrados, capaces de combatir con éxito a los gubernamentales en campo abierto. Los voluntarios tenían una fe ciega en la bondad de sus ideales que no eran otros que la defensa de la religión y de sus tradiciones. Creían a pie juntillas que la imagen del Sagrado Corazón que llevaban bordadas en sus camisas, les protegía de las balas y bayonetas del enemigo. Los voluntarios guipuzcoanos entraban en combate cantando el himno de San Ignacio.

Los cabecillas de las partidas iniciales fueron regularizando su situación e integrándose en los batallones que se estaban creando.

En Gipuzkoa, los preparativos carlistas se fueron retrasando por culpa del cura Santa Cruz que se estableció por su cuenta cerca de la frontera en el collado de Aritxulegi en Oiartzun y desde allí se apoderaba de las armas y el dinero que llegaban de Francia para los batallones que el comandante general de Gipuzkoa, Antonio Lizarraga, estaba organizando en el interior de la provincia.

17. HERNANDO, Francisco. Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877). A. Roger y Chernoviz. París. 1877.

18. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 71 y ss.

Proclamación de la república. Avances carlistas en el Norte



Fig. 6. Los madrileños festejan la llegada de la República. 12 de febrero de 1873. Le Monde Illustrée.

La proclamación de la República, un 12 de febrero de 1873, a los dos meses del inicio de la guerra, ayudó mucho a los intereses de los sublevados¹⁹.

El día 12 de febrero de 1873, dos meses del inicio de la guerra se proclamaba la república federal tras la abdicación del rey Amadeo I. El monarca, tras dos años de reinado, abandonado por todos, decidió una buena noche abandonar con su familia el Palacio Real y exiliarse en Portugal. La abdicación del rey ponía fin a un periodo de gran inestabilidad política. Sin apenas apoyos políticos, Amadeo tuvo que enfrentarse a las insurrecciones de los carlistas y de los republicanos radicales, así como al problema cubano. El nuevo régimen, aunque de forma indirecta ayudó a los sublevados carlistas.

19. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 78 y ss.

Muchos burgueses, capitalistas y conservadores, que se habían mantenido expectantes hasta aquel entonces, ahora ofrecían su apoyo a D. Carlos ante el temor de que el gobierno republicano actuara con medidas revolucionarias, tales como el reparto de tierras, impuestos a la riqueza, etc.

En las provincias vascas y en Navarra, se produjo una masiva incorporación de jóvenes en las filas carlistas. Al principio lo hacían por voluntad propia alentados por los párrocos, que comparaban a la república como el demonio que iba a destruir la iglesia, pero poco después fueron las propias autoridades las que forzaron el alistamiento de los mozos. En abril de 1873, el diputado general de Gipuzkoa decretó el reclutamiento masivo de todos los hombres entre 18 y 40 años.

Milicias de defensa: Los "Voluntarios de la Libertad"



Fig. 7. Milicia de voluntarios de la libertad de San Sebastián. Museo de San Telmo-STM.

El auge carlista se produjo en un momento de debilidad en el seno del ejército gubernamental²⁰.

20. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 86-87.

La inestabilidad política del nuevo gobierno se transmitía a las tropas cuyos mandos pertenecían a diferentes familias políticas que no se fiaban entre sí. Faltaban medios económicos. Los soldados no recibían sus pagas lo que afectaba a su moral. Además, faltaban hombres en el ejército. Una medida que los republicanos tomaron en cuanto se hicieron con el gobierno de la nación fue suprimir el sistema de quintas y el servicio militar obligatorio. Ellos consideraban que la tropa debía estar constituida por voluntarios. Sin embargo, el recrudescimiento del conflicto bélico en Cuba que se produjo ese mismo mes y la insurrección cantonal de Cartagena promovida por los republicanos más radicales, que surgió unos pocos meses más tarde y se extendió por las provincias de Murcia, Valencia y Andalucía, hizo que el gobierno terminase decretando la movilización masiva de las reservas de la Nación.

En Gipuzkoa la columna del general de brigada José María Loma con sólo 1.500 hombres, se veía incapaz para perseguir a los hombres del general Lizarraga y de defender al mismo tiempo los pueblos amenazados. De ahí que, el gobernador de Gipuzkoa ordenara que se crearan milicias de defensa o "voluntarios de la libertad" en una cifra equivalente al 4 % de la población, y se llevaran a cabo obras de fortificación.

En las poblaciones grandes como Hernani, Tolosa, Errenteria, Eibar, San Sebastián, Irun, etc., al igual que en el resto de las provincias vascas y de Navarra ya existían unidades de voluntarios, que fueron creadas en el verano-otoño de 1869 con el objetivo de mantener el orden público en un momento en que estaban surgiendo las primeras algaradas y protestas callejeras de los carlistas. Ahora la circular gubernativa obligaba a todos los pueblos a disponer de milicias armadas. La orden llegaba demasiado tarde para muchos pueblos pequeños que, bien por ser sus habitantes de ideología carlista o por temor al cura de Santa Cruz, no hubo vecinos dispuestos a empuñar las armas por la república.

Ofensiva carlista en el verano de 1873

En agosto de 1873, a los ocho meses de iniciada la guerra, los carlistas iniciaron una ofensiva en todos los frentes y se hicieron dueños de casi todo el territorio en las provincias vascas y Navarra²¹ Solamente las capitales y alguna población importante quedaron bajo control liberal. En el caso concreto de Gipuzkoa, a comienzos de agosto el general carlista Lizarraga al mando de tres batallones y dos piezas de artillería, fue apoderándose con facilidad de todas las poblaciones situadas en el oeste de la provincia: Arrasate, Azpeitia Bergara, Elgoibar, Deba, etc. El 14 de agosto, Eibar y Soraluze se rendían sin disparar un tiro.

21. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo III. Capítulo II pp. 93 a 94.



Fig. 8. Ataque a los carlistas de Santiagomendi. The Illustrated London News. 16 de octubre de 1874. DFG-KMK.

Eibar con 3.500 habitantes por aquellas fechas era un importante bastión republicano. Contaba con una guarnición de 1.000 voluntarios de la libertad que estaban perfectamente armados y gozaban de una moral muy alta²².

Los liberales eibarreses eran muy valientes, y defendían con uñas y dientes su villa. Se entendían muy bien con las tropas del general de Loma, que estaba al mando de la división del ejército en Gipuzkoa, y juntos hacían constantes salidas contra los carlistas. No todos los voluntarios liberales eran oriundos de Eibar; muchos de ellos procedían de otras localidades: Bergara, Elgoibar, Oñati, Azpeitia, Arrasate, Deba etc. Habían estado defendiendo sus respectivos pueblos hasta el momento que fueron ocupados por los carlistas, y se vieron obligados a buscar refugio en la villa armera.

Lizarraga, sabiendo que no tenía suficientes hombres para apoderarse de la villa por la fuerza, decidió usar la diplomacia. Amenazó a los eibarreses con incendiar las casas y destruir las fábricas de armas si se le resistían. Por el contrario, si se rendían indultaría a todas las personas y respetaría sus industrias. Los voluntarios que desearan podrían abandonar el pueblo

22. HERNANDO, Francisco. Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877). A. Roger y Chernoviz. París. 1877, pp. 91-929.

llevando consigo sus armas. Era una proposición generosa que fue aceptada por casi todos. Solamente 200 voluntarios y sus familias abandonaron el pueblo para refugiarse en San Sebastián.

Los carlistas se hicieron con un enorme arsenal de armas que hizo posible la creación de otros dos batallones. La fábrica de armas "Euscalduna" en Soraluze que hasta aquel entonces había suministrado al ejército del gobierno miles de fusiles Remington, así como fusiles Chassepot al ejército francés, pasó a manos de las fuerzas insurrectas que la rebautizaron con el nombre de "Fábrica Oficial de la División Guipuzcoana".

Los eibarreses negociaron con el Diputado general Miguel Dorronsoro, la entrega periódica de armas fabricadas en sus talleres a cambio de quedar eximidos de los brutales impuestos de guerra a que estaban sometidos todas las poblaciones carlistas. Tras caer Eibar en poder de los insurrectos, el diputado general Miguel Dorronsoro pudo abandonar el fuerte Peña Plata en la muga con Francia y trasladar la sede de la diputación a Azpeitia.

Los 400 voluntarios de la libertad donostiarra que había en de 1870, se habían convertido en 600 a 700 efectivos en agosto de 1873. Sin embargo, este aumento no fue suficiente y la corporación donostiarra se quejó a Madrid de la escasez de tropas que había en Gipuzkoa y en la capital, y del peligro que existía²³.

"Solo se cuenta con los 1.500 soldados de la columna Loma y de los 600 a 700 voluntarios donostiarra. Además, no hay artilleros. Por consiguiente, pedimos que el Gobierno mande cuanto antes 2.000 hombres y 100 artilleros. Tememos que un golpe de mano carlista pueda hacerse con la ciudad. Se da la circunstancia de que las piezas artilleras, que normalmente se guardaban en San Telmo, ya han sido instaladas en el Castillo, e incluso se ha organizado una sección de artillería en el batallón de voluntarios, pero faltan operarios expertos en el manejo de los cañones".

La petición de la corporación donostiarra tuvo una respuesta inmediata y la capital pudo contar con una guarnición de 1.500 hombres, de los cuales 1.063 correspondían al cuerpo de voluntarios. En Gipuzkoa las tropas del ejército y los voluntarios de la libertad alcanzaron 3.000 y 4.134 hombres respectivamente. Tenían que hacer frente a los cinco batallones del general Lizarraga con 4.500 combatientes²⁴.

23. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, pp. 57-59.

24. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo III. Capítulo IV, pp. 194-195.

Los voluntarios de la libertad se dedicaban a tareas de vigilancia y defensa, y no salían para nada de los muros de los pueblos. Pero había dos unidades especiales de voluntarios que sí participaban en operaciones en el exterior. Una era la de los “voluntarios móviles” que tenía como misión la vigilancia de los caminos y las afueras de las poblaciones. La unidad, la de las “partidas volantes”, se movía libremente por todas partes colaborando con los miqueletes y el ejército. Su uniforme consistía en pantalón rojo y blusa azul.

En julio de 1874, se reorganizó el cuerpo de miqueletes e ingresaron en el mismo muchos voluntarios de la libertad²⁵.

El cuerpo pasó a llamarse “Miqueletes Voluntarios de Guipúzcoa”, y contó con más de 700 miembros; tuvo un importante protagonismo en la guerra. En las operaciones, los miqueletes iban en vanguardia abriendo camino a las tropas. De ahí que, sufrieran cuantiosas bajas.

Testigos imparciales y reporteros extranjeros escribieron sobre la animosidad rayana en odio que existió entre los miqueletes-voluntarios de la libertad y los combatientes carlistas. Ambos colectivos coincidían en algunos puntos, eran vascos que amaban a su tierra y luchaban valientemente. Pero diferían en sus ideales. Muchos de los miqueletes-voluntarios habían tenido que huir junto con sus familias cuando sus pueblos fueron ocupados por los insurgentes. No perdonaban a sus enemigos por el sufrimiento causado, de ahí que, su comportamiento con las familias carlistas fuera malo. En las operaciones militares cometían mil desmanes, incendiaban caseríos y quemaban bosques y sembrados con la excusa de evitar que el enemigo los utilizara.

Asedio de Tolosa

Tras el éxito de la ofensiva en el oeste de la provincia, los carlistas se propusieron como siguiente objetivo la conquista de Tolosa y Oiartzun²⁶.

Tolosa era una presa muy codiciada. Había sido capital foral, era la segunda población en número de habitantes, y seguía siendo la sede de la Diputación Foral. Los carlistas suponían que Tolosa era un pueblo industrial y rico, y que por lo tanto les iba a proporcionar recursos, para poder sufragar los cuantiosos gastos de guerra.

25. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolos y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, p. 324.

26. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo III. Capítulo IV, V, VI y VII, pp. 170-392.

Oiartzun tenía importancia estratégica como nudo de comunicaciones. La posesión de Oiartzun permitía tener tanto el control de las dos carreteras y el ferrocarril para Irún y la frontera, como el dominio sobre los caminos de Aritxulegi y Bianditz que conectaban con Navarra.

Ambas villas sufrieron un terrible asedio de 7 meses. En Tolosa, los asediados carecían de artículos de primera necesidad. Los intentos de los liberales para hacer llegar desde Andoain convoyes de auxilio a la villa, se estrellaban contra la impenetrable red de trincheras y parapetos colocadas ambos lados de la carretera a la altura de Zizurkil y Amasa. Los combates eran intensos, se producían muchas bajas y los resultados eran escasos, ya que, no se introducían avituallamientos suficientes.

A finales de febrero, aprovechando la circunstancia de que algunos batallones guipuzcoanos carlistas habían sido trasladados a Bizkaia, Loma realizó con éxito un nuevo intento de socorro²⁷.

En la madrugada del 23 de febrero, el general y sus hombres salieron de Andoain acompañando a un gran convoy de 80 carros, con 60.000 raciones y municiones. La columna consiguió atravesar las avanzadas carlistas situadas en las inmediaciones de Andoain e introducir vituallas en el asediado pueblo. Este viaje sería el último servicio de auxilio a la villa realizado. La situación militar en Bizkaia era delicadísima. Los carlistas asediaban Bilbao y la tenían sometida a intenso bombardeo. El general Domingo Moriones, jefe del ejército del Norte, trataba de avanzar con sus tropas desde Cantabria a la capital vizcaína, pero sus hombres se estrellaban contra las defensas levantadas por los carlistas en los montes de Somorrostro. El 24 de febrero Moriones aceptó su derrota y pidió ser relevado del mando. Los 25.000 hombres y las 40 piezas de del ejército gubernamental nada pudo hacer ante la tenaz resistencia que opusieron los 12.000 combatientes carlistas instalados en las alturas del valle de Somorrostro.

El gobierno de la Nación necesitaba de todos sus hombres para evitar que Bilbao cayera en manos del enemigo. De ahí que a los siete meses del comienzo de la guerra Loma recibiese la orden de embarcar para Santander y evacuar Tolosa (28 febrero), y del resto de pueblos de la cuenca del Oria: Andoain, Orio, Usurbil y Lasarte, así como de la villa de Oiartzun (29 febrero). Por el empeño mostrado por defender Tolosa y su comarca, Loma recibió el título de "Marqués de Oria" y fue ascendido a general de división²⁸.

27. *Ibidem*, pp. 170-392.

28. *Op. cit.*, p. 298.

El jefe liberal efectuó la retirada con gran rapidez y acierto²⁹.

En la madrugada del 26, el general salía de San Sebastián con 400 carros, que había requisado en las poblaciones de San Sebastián, Errenteria, Hernani, Urnieta y Andoain. A las seis de la mañana del 27, el convoy llegaba a Villabona. Mientras la caravana escoltada por algunas tropas proseguía su marcha hacia Tolosa, el jefe liberal con el grueso de sus hombres se quedó en Villabona con el objetivo de proteger la expedición a su regreso.

Un primer convoy con artillería, fusiles y municiones y otras armas salía por la tarde de Tolosa para llegar al anochecer a Villabona. En la expedición viajaban los heridos y enfermos de menor gravedad (los más graves, se quedaron en el pueblo). Una vez llegados los heridos a Villabona fueron trasladados en coches particulares a San Sebastián.

A la mañana siguiente partía un segundo convoy en el que iban las tropas de la guarnición, trescientos combatientes voluntarios, unos mil cuatrocientos vecinos y cuatrocientos carruajes. Fueron momentos muy tristes para todos. En el momento de partir el comandante de la plaza, José Crespo, en un acto lleno de simbolismo lanzó las llaves de la villa al río.

Las tropas de Loma desplegadas en ambos flancos de la carretera protegían el convoy. La marcha se realizó bajo un tiempo infernal con lluvia, viento y frío³⁰. Las personas impedidas o de avanzada edad viajaban en carros y el resto lo hacía a pie. Todos iban cabizbajos, con las ropas caladas y el barro hasta las rodillas, pero nadie daba muestra alguna de desaliento. Los voluntarios de la libertad tolosanos cerraban la marcha. Estaban decididos a todo, incluso a morir si fuera preciso para proteger la retaguardia. Pero no fue necesario realizar actos de heroísmo, ya que el enemigo les dejó pasar y no hubo incidentes. La maquinaria de la Imprenta de la Diputación pudo ser trasladada a San Sebastián.

Peor les fue a los vecinos de Andoain que abandonaron el pueblo al día siguiente. Los carlistas viendo que el convoy de refugiados iba únicamente protegido por los voluntarios de la libertad del pueblo, trataron de obstaculizar la evacuación, y se produjeron enfrentamientos. Por fortuna, una compañía del batallón de Luchana, que estaba acantonada en Urnieta, y un grupo de miqueletes de Hernani llegaron a tiempo para sacarles del apuro.

Tras ser evacuada Tolosa, la Diputación liberal se estableció en San Sebastián en la calle Garibay, en el edificio que hasta aquel entonces había

29. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo IV. Capítulo VI, pp. 299-300.

30. AMT-TUA A 14-6-1-8.

servido como alhóndiga y depósito de tabaco y licores. Años más tarde, en el solar se construyó la sede actual de la Diputación.

Las tropas carlistas entraron en Tolosa cantando el himno de San Ignacio³¹. Al frente de las mismas iba el brigadier Aizpurua, ayudante del general Hermenegildo Diez de Ceballos, que en aquel momento se hallaba operando en Bizkaia con el grueso de las fuerzas de la provincia. Ceballos acababa de ser nombrado para el cargo de comandante general de Gipuzkoa en sustitución del general Antonio de Lizarraga. Don Carlos se vio obligado a alejar a Lizarraga del mando en Gipuzkoa y enviarle a Aragón, por las desavenencias que tenía con Miguel Dorronsoro, diputado general de Gipuzkoa.

En San Sebastián circularon noticias truculentas sobre las bestialidades que el enemigo estaba cometiendo en Tolosa³².

Así, el diario de San Sebastián del día 3 de marzo se hacía eco de la noticia de que los facciosos nada más entrar en la villa fusilaron a una infeliz mujer de ideas liberales. Su cuerpo fue rociado con petróleo y quemado. Semejante crimen había tenido lugar en la Plaza Vieja. Sin embargo, la noticia fue posteriormente desmentida por vecinos del pueblo que se habían refugiado en la ciudad. Pero si tuvo lugar un lamentable y cruel suceso. Tres mujeres familiares de miqueletes, madre la una y esposas las otras dos, fueron llevadas en procesión por las calles al son del tamboril. Las infortunadas iban desnudas de cintura para arriba, con las cabezas afeitadas, untadas con miel y cubiertas de plumas. Marcharon escoltadas camino de la plaza del ayuntamiento. Fueron recibidas por una muchedumbre enloquecida que exigía que fueran apaleadas, y después fusiladas.

Don Carlos abandonó su cuartel en Somorrostro para efectuar un viaje a Tolosa³³. El 5 de marzo de 1874, hacia su entrada en la villa en loor de multitudes, pasando bajo un arco triunfal, entre repiques de campanas, música y vivas del enfervorizado vecindario. El 7 de marzo se celebró un solemne acto en la parroquia de Santa María y en el transcurso del mismo el pretendiente hizo entrega del estandarte de la Generalísima al cuerpo de Guardias de a Caballo, a cuyo mando estaba el coronel Fernando Ordoñez. Tras la ceremonia y con gran riesgo para su persona, Don Carlos efectuó una visita de inspección a la línea del frente en Andoain en compañía del comandante general guipuzcoano, Diez de Ceballos. Este recibió el mandato de que iniciara de inmediato los preparativos para la toma de Hernani y San Sebastián.

31. AMT-TUA A 14-6-1-8.

32. *Ibidem*.

33. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 131-132.

Andoain y Tolosa en la ofensiva carlista. “El camino carlista”

Ceballos instaló su cuartel general en Andoain. Eligió como alojamiento el palacio que la familia carlista Larreta Azelain tenía en el pueblo de Sorabilla (en la actualidad es un barrio de Andoain). Su ayudante, el brigadier Aizpurua y los oficiales se hospedaron en casa del párroco³⁴.

El comandante guipuzcoano mandó recoger todo el plomo que fuera posible, con el propósito de fabricar balas. Incluso llegaría a ordenar la incautación del plomo de las fábricas y de las tuberías de las viviendas pertenecientes a las familias liberales huidas. También, dio los primeros pasos con vistas a la fundición de cañones en Azpeitia. Los carlistas contaron con la ventaja de que la mayoría de los mandos y oficiales del cuerpo de artillería del ejército se habían pasado a su bando. En Azpeitia, en una antigua fábrica en el camino de Zestoa, se fundó en junio de 1874 la Maestranza de Artillería, que surtió al ejército carlista con cañones de gran alcance y precisión de tiro. Fundamentalmente, los carlistas hicieron uso de tres modelos diferentes de cañones rayados. El cañón ligero Whitworth para las operaciones de montaña y los cañones más pesados Woolvich y Wavasseur para los combates en campo abierto y en los asedios. La calidad de las piezas artilleras fabricadas por los carlistas era muy buena, y tras la guerra los cañones siguieron siendo utilizados durante bastantes años por el ejército español en los conflictos armados que estallaron en Cuba y Filipinas. De la Maestranza de Azpeitia salieron varias promociones de excelentes artilleros.

Ceballos utilizó Tolosa y Andoain como bases apoyo en su ofensiva contra las poblaciones liberales. Tolosa se transformó en centro logístico en la retaguardia, mientras que Andoain se convirtió en el punto desde donde se lanzaron las operaciones contra las poblaciones liberales.

El comandante general guipuzcoano llegó a disponer de línea telegráfica propia que le conectaba directamente con el ministerio de la guerra en Zumárraga y con el cuartel real de Estella.

Durante el mandato de Ceballos, Andoain se convirtió en un nudo de comunicaciones de vital importancia. Los carlistas abrieron un camino militar apto para coches que conectaba la frontera a la altura de la Aduana de Lastaola con Andoain. El tren enlazaba Andoain con Zumárraga. En esta localidad se hallaban los depósitos de armas.

El camino tenía el siguiente recorrido³⁵: Andoain-Achilar-Basadegi-Usategieta-Fagollaga-Epele-Otsazuloeta (junto al restaurante Mugaritz)-

34. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 132 y ss.

35. *Ibidem*, pp. 234 y ss.

Prantzillaga-Venta de Astigarraga-Txikierdi-Ugaldetxo-Iturriotz-Altzibar-Karrika-Ergoien-Pikoketas-Sorueta-Amasaun-Uniketa-Lastaola.

En Andoain el camino carlista enlazaba con otro que iba por Txikierdi-Lasarte-San Esteban-Venta Zarate-Aia-Laurgain-Zudugaray-Zarauz-Meagas-Garatomendi-Zumaia.

Los cañones fundidos en Azpeitia circulaban en una dirección y los proyectiles fabricados en Bera lo hacían por la otra. En la empresa de alto horno de Bera, cuyo propietario era el francés Manuel Blandin, se fabricaron los proyectiles, que alimentaron a las casi 100 bocas de fuego con las que contó el ejército carlista, con la dificultada añadida de que éstas eran de quince calibres diferentes.

Así mismo, de Francia llegaban de contrabando grandes cantidades, de armas, munición y uniformes.

Paralelamente al camino, los carlistas fueron levantando una línea de fortificaciones y trincheras desde donde amenazaban las poblaciones liberales. Los emplazamientos estaban intercomunicados gracias al "camino carlista".

El camino daba una gran movilidad a los batallones. Bastaba con mantener unas pocas unidades, unos cuatro batallones, desplegadas en las posiciones del frente entre Lastaola y Zumaia, mientras que el resto permanecía en la retaguardia esperando ser llamados para acudir en muy pocas horas allá donde se les requiriera. Por el contrario, las poblaciones liberales de San Sebastián, Hernani, Pasaia, Errenteria, Lezo e Irun estaban aisladas por tierra y sus guarniciones quedaban encerradas dentro de los recintos urbanos.

En los hospitales militares de Tolosa se atendían a los heridos que se producían en los combates en torno a Urnieta, Hernani, San Sebastián, Orío, Pasajes e Irun. En Tolosa se practicaba la cirugía más compleja, las amputaciones y la extracción de metralla, mientras que en los pequeños hospitales de sangre ubicados en Andoain, Zubieta, Oiartzun y Lastaola solo se realizaban curas y pequeñas intervenciones³⁶.

Cuando los establecimientos sanitarios tolosanos se saturaban de enfermos, éstos eran trasladados a otros hospitales como Ordizia, Elgoibar, Bergara, Azpeitia y Loiola. Eran conducidos en tren hasta Zumárraga y a partir de aquí viajaban en carruajes.

36. AGG-GAO, JDIT 37c, 5; AGG-GAO, JDIT 8 a, 2; AGG-GAO, JDIT 813; AGG-GAO, JDIT 8 a, 2; AGG-GAO, JDIT 813.

Don Carlos y su “corte” nunca dispusieron de una sede fija. Tolosa junto con Estella, Durango y Azpeitia fueron las poblaciones en las que preferentemente se alojó Don Carlos.

En Tolosa se creó en septiembre de 1874 la Dirección General de Comunicaciones que abarcaba a ferrocarriles, telégrafos, correos y al diario “El Cuartel Real”. La villa papelera contó con dos academias, para formar oficiales y telegrafistas.

San Sebastián ante la amenaza carlista. Medidas defensivas

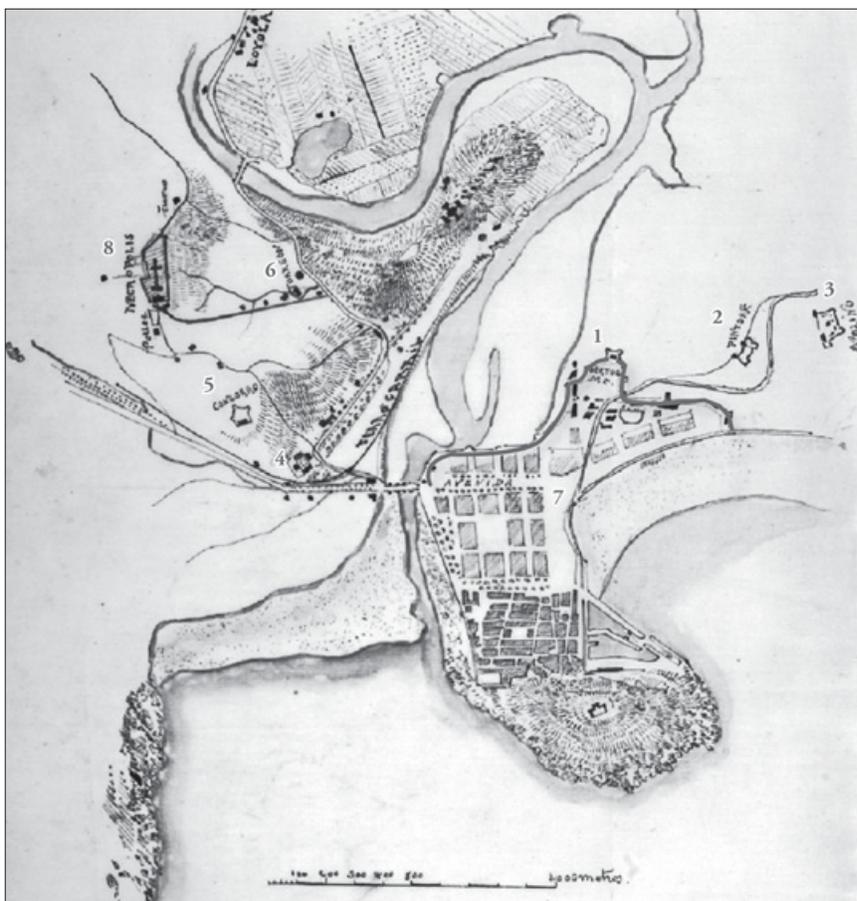


Fig. 9. Plano de San Sebastián en los años bélicos. Señala los fuertes construidos de San Bartolomé, Pintore, Molino del Viento, Alto de Alcolea y Konkorrenea, así como el hotel Cursaal, futuro hotel Londres, ubicado en la intersección de los caminos a Hernani y Tolosa. El cementerio de Polloe ya está construido, pero su puesta en servicio retrasará hasta después de la guerra. DFG-KM.

Tras la caída de Tolosa, la amenaza carlista sobre la capital, Hernani y el resto de poblaciones liberales se hizo más que evidente. Los donostiarras vivían atemorizados. Recordaban lo ocurrido en la pasada guerra civil. En 1835, los carlistas llegaron a ocupar el barrio de San Martín y el convento de San Francisco, ubicado éste, al otro lado del puente de Sta. Catalina. Para agravar más la situación, ahora la ciudad carecía de murallas.

El 19 de abril 1874 se celebró en San Sebastián un cónclave de las autoridades civiles y militares liberales para fijar las necesidades defensivas y los pasos a seguir. A la reunión asistieron diversas personalidades³⁷: el brigadier del cuerpo de ingenieros Cenarruza, emisario del general en jefe del ejército del Norte, Manuel Gutiérrez de la Concha; el alcalde de San Sebastián, Juan Errazu; el diputado general, Juan Bautista Acilona; el jefe del cuerpo de voluntarios, Nemesio Aurrecoechea, y mandos militares de la plaza.

Todos estuvieron de acuerdo en que había que defender la capital al costo que fuese y que no bastaban con las obras que se habían llevado a cabo hasta entonces. Las defensas levantadas, en el periodo entre septiembre de 1873 y marzo de 1874, fueron las siguientes³⁸: un muro de mampostería que rodeaba el perímetro de la ciudad y que desde el puente Sta. Catalina llegaba al cerro de San Bartolomé para después descender hasta la línea de playa englobando al barrio de San Martín, así como los fuertes Pintore y Molino de Viento en el actual barrio de Aiete. Se habían levantado reductos en diversos puntos del interior de la ciudad (en la fábrica de gas que estaba en la actual calle Easo junto al cerro de San Bartolomé, en la antigua misericordia de San Martín, en el puente de Sta. Catalina, en el Campo de Maniobras en el actual Alderdi Eder). Se instalaron retenes de guardia o centinelas en lugares como en la casa consistorial, el Hotel Cursaal y otros.

El 21 de marzo de 1874 se desmontó el puente viejo de madera de Santa Catalina que no era utilizado, ya que se había construido uno nuevo de piedra. El maderamen se aprovechó en las defensas en la ciudad.

Se decidió la construcción de una línea de fuertes exteriores al sur y este de la ciudad que era por donde llegaba el peligro carlista: Puio, Ametzagaña, Concorronea y Oriamendi. Se tomó la decisión de mantener

37. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo V. Capítulo II, pp. 65-78.

38. SÁEZ GARCÍA, Juan Antonio. Las fortificaciones liberales en las proximidades de San Sebastián durante la última guerra carlista. Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián. N. 35 (2001). Pp. 255-327.

Hernani y Astigarraga en poder de los liberales, pues ambas poblaciones serían de parachoques, de centinelas avanzados de la capital³⁹.

Era fundamental conservar en poder gubernamental el puerto de Pasajes, ya que la mayoría de los suministros llegaban por este puerto debido a que las instalaciones portuarias de San Sebastián no permitían barcos de gran calado. Para proteger la comunicación con Pasajes era conveniente construir sendos fuertes en Altza y en el alto de Miracruz. Para el control de la bahía pasaitarra era necesario reforzar los fuertes existentes en torno a Pasajes y mantener en manos gubernamentales las localidades de Errenteria y Lezo⁴⁰.

La ejecución de los acuerdos alcanzados se fue demorando debido a que la atención del gobierno estaba puesta en Bilbao. Solamente tras ser liberada la ciudad, en los primeros días del mes de mayo, el alto mando militar pudo ocuparse de San Sebastián y de las demás poblaciones liberales.

Bloqueo de San Sebastián. Ataque a Hernani



Fig. 10. Bombardeo de Hernani por los carlistas. 29 al 31 de mayo de 1874. L'Illustrée Universel. Fondo: J.A. Recondo.

39. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo V. Capítulo II, pp. 65-78.

40. *Ibidem*, p. 76.

El 24 de abril, Ceballos inició el bloqueo de San Sebastián y de Hernani que se prolongaría durante el resto de la guerra. Los carlistas contaron en la zona con dos partidas volantes⁴¹. La partida de Francisco Iturriaga, alias Ochavo, tenía su base en Astigarraga y actuaba en la zona entre Astigarraga, Altza y el barrio de Loiola. La banda de José León Muguerza "Erostarbe", operaba en el área entre Igeldo y Astigarraga.

Muchos moradores de los cerca de 1.000 caseríos de la jurisdicción de la capital daban su apoyo a las partidas carlistas.

Las autoridades liberales lo sabían, de ahí que, en agosto de 1875, expulsaron de sus casas a muchos colonos de los barrios donostiarras de Amara, Lugaritz e Ibaeta.

En un oficio que el alcalde de San Sebastián Juan María de Insausti entregó a la diputación en abril de 1877, hacía mención de 303 donostiarras que habían combatido al lado de los facciosos, de los cuales, 221 individuos se habían acogido a indulto, 52 hombres habían fallecido y el resto, unos 40, se les daba por desaparecidos⁴².

La supervivencia de la villa de Hernani dependía de los suministros que le podían llegar por el camino de Oriamendi, única vía de comunicación que le quedaba abierta con San Sebastián, ya que la carretera a Astigarraga estaba cortada a la altura del puente de Karabel, y el puente de Ergobia estaba bajo control del enemigo.

Los hombres del cabecilla carlista Erostarbe parapetados en las trincheras excavadas a ambos lados de la carretera de Oriamendi hacían fuego contra los convoyes de ayuda. Los liberales establecieron puestos de vigilancia en el camino y fortificaron algunos caseríos como el de Katxola. Las posiciones quedaron bajo el cuidado de los miqueletes.

A finales del mes de mayo de 1874 tuvo lugar el esperado ataque a la plaza de Hernani⁴³. El comandante general Ceballos conminó a la guarnición a evacuar la villa garantizando el respeto a sus habitantes y permitiendo la salida con sus pertenencias de las familias que lo desearan.

Ceballos creía que bastaría con un bombardeo corto e intenso para que la guarnición de Hernani se rindiese. El comandante carlista destinó a la

41. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, p. 239.

42. *Ibidem*, p. 239.

43. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo V. Capítulo II, pp. 80-87.

operación tres batallones guipuzcoanos que acababan de regresar del frente en Bizkaia. Un batallón se hizo cargo de 2 morteros y 6 cañones llegados de Zumárraga y Azpeitia en tren, y que fueron colocados en las alturas de Orkolaga y Egurrola situadas a 300 metros y 1.500 metros respectivamente de la plaza. Los otros dos batallones se posicionaron en el camino entre Hernani y San Sebastián, ocupando los caseríos, Katxola y Marigomistegi para tratar de impedir que llegaran tropas de socorro. Una compañía de voluntarios movilizados donostiarras que trató de reabrir la carretera tuvo que retirarse tras librar un encarnizado combate a la bayoneta. Varias compañías carlistas completaron el cerco a Hernani tomando posiciones en Montebideo, Pitikar y Ollomendi.

En la noche del 29 de mayo se inició el bombardeo de Hernani y del fuerte de Santa Bárbara⁴⁴. Don Carlos asistió al fuego artillero desde Santiagomendi. En el primer día se lanzaron 190 balas y 350 granadas. El cañoneo continuó con igual intensidad durante tres días más. En total se lanzaron 1.300 proyectiles. Se produjeron incendios que fueron rápidamente sofocados por los bomberos. Hubo desperfectos en algunos edificios del lado del río. La casa consistorial sufrió daños importantes. Pero la villa no se rindió. A los artilleros carlistas se les acabó la munición y tuvieron que retirarse. El ataque pudo ser rechazado pero el asedio de Hernani persistió. Fue el inicio del bloqueo y bombardeo de Hernani que se prolongó durante el resto de la guerra y que dejaron la villa en ruinas.

La construcción de los fuertes exteriores. El bombardeo de San Sebastián

En los meses de junio y julio de 1874 se iniciaron las obras de los fuertes exteriores al sur y este de San Sebastián, Puio, Altza, alto de Miracruz, Torreón de Alcolea o de Serres en Egia, y Oriamendi⁴⁵. A finales del agosto de 1874 se decidió la construcción del fuerte Konkorronea (alto de Egia) con la finalidad de controlar el depósito de agua potable que abastecía la ciudad.

La construcción del fuerte de Ametzagaña coincidió con el abandono de Astigarraga y de su fuerte en el mes de junio de 1875. Los liberales decidieron retirarse por considerar que la posición era insostenible, ya que estaba sometida al fuego constante de la artillería carlista de Santiagomendi. El avituallamiento y los relevos resultaban problemáticos. Los convoyes de socorro que salían de San Sebastián eran acompañados por varios batallones y en los enfrentamientos se producían muchas bajas.

44. *Ibidem*, pp. 85-87.

45. SÁEZ GARCÍA, Juan Antonio. Las fortificaciones liberales en las proximidades de San Sebastián durante la última guerra carlista. *Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián*. N. 35 (2001), p. 255-327.

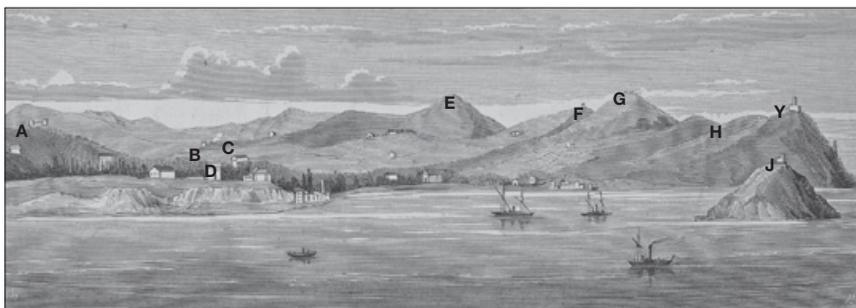


Fig. 11. Fuertes de San Sebastián e Igeldo: fuerte Lugaritz (A), Bentazikin (B), monte Arratsain (E), Quinto Pico (F), fuerte Hernández (G), monte Igeldo (H), fuerte de la farola (Y). Autor: Pantaleón, Jusue. Ilustración Española y americana. 1875.

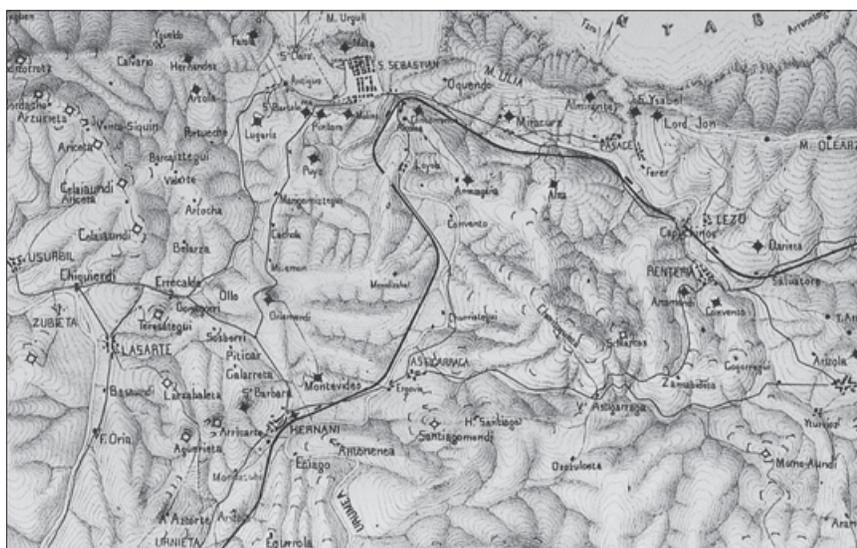


Fig. 12. Plano posiciones carlistas rodeando a San Sebastián por el oeste. Autor José María Mugica. Febrero de 1876. DFG-KMK.

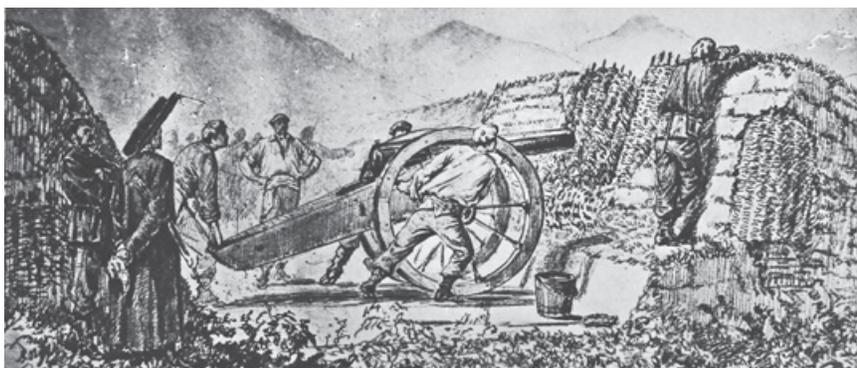


Fig. 13. Batería carlista en Bentazikin. AHL-LAH.

El abandono de Astigarraga fue aprovechado por los carlistas para tomar posiciones en el cerro de Montebideo (situado cerca del actual barrio de la Florida) desde donde podían disparar a placer sobre Hernani y también obstaculizar el paso de los convoyes de socorro. En agosto de 1875, el general Blanco tomó la determinación de desalojar al enemigo de sus posiciones en Montebideo, y de ocupar también de forma permanente el monte Oriamendi (hasta aquel entonces solo durante el día había un retén de vigilancia que se retiraba por la noche)⁴⁶.

Toda la guarnición tomó parte en la acción, de modo que la defensa de la capital quedó al cuidado de los voluntarios. Tras intensos combates, los carlistas fueron desalojados de sus posiciones. Los miqueletes guiados por su jefe, el coronel Ramón de Olazábal abrían el paso a las tropas. Veintitrés caseríos de los términos de San Sebastián, Altza y Hernani fueron incendiados. El alto mando liberal, acusó a los facciosos, de dar fuego a las viviendas cuando se retiraban. Sin embargo, todo hace pensar que fueron los miqueletes los autores de los incendios.

Tras ser expulsados de Montebideo los carlistas, establecieron nuevos puntos fortificados en los alrededores de Hernani: Antonenea, Basaun, Arrikarte y Agerrieta. El monte Santiagomendi tiene dos crestas o cimas. En una se sitúa la ermita que fue fortificada, y en la cumbre se construyó un fuerte dotado con piezas de artillería de largo alcance. En Antonenea situada en la ladera del monte frente a Ergobia, se colocó una batería que hostilizaba al fortín liberal de Montebideo y a la villa de Hernani. La posición quedaba al resguardo de la artillería del fuerte de Ametzagaña, aunque estaba batida por el fuego artillero de los fuertes de Sta. Bárbara y Oriamendi.

Con el abandono de Orio por las tropas el 2 de mayo de 1875, se dio por finalizada la ofensiva liberal en la cuenca del Oria, Zarauz, Meagas y los montes de Garatamendi e Indamendi, que se había iniciado en el mes de enero.

Las autoridades militares decidieron proteger la ciudad por el oeste levantando bastiones y fuertes.

En un primer momento se planificó una defensa en un perímetro más amplio del que finalmente no se llevó a cabo. Así, en Mendizorrotz se iniciaron obras de fortificación y se construyeron barracones para los soldados. También se reforzaron los caseríos de Aritzeta y Artxubieta situados en los altos que dominan Usurbil. Pero poco tiempo después estas posiciones serían abandonadas al constatarse la imposibilidad de mantenerse en ellas

46. Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo VII. Capítulo III, p. 181.

ante el empuje que mostraba el adversario⁴⁷. San Sebastián quedó defendido por el oeste por una serie de fuertes, cuyas obras se iniciaron en el mes junio de 1875 y se finalizaron en octubre-noviembre de ese mismo año⁴⁸. Fueron los baluartes de La Farola en la actual torre de Igeldo; el fuerte Hernández en Gudamendi; el bastión Calvario en el cuarto pico o Calvariomendi, que está por encima del pueblo de Igeldo; el fuerte de Lugaritz, y el torreón del Antiguo en el actual palacio Miramar.

Los ayuntamientos de San Sebastián, Errenteria, Pasajes y Lezo asumieron los costes de las obras⁴⁹. Todos los vecinos, a excepción de los voluntarios que prestaban servicio de armas, fueron obligados a trabajar enrolados en los diferentes gremios: peones, canteros, albañiles, carpinteros, carreteros, etc. Los operarios recibían a cambio de su trabajo la comida y una pequeña suma de dinero. Pero no todos los vecinos estaban dispuestos a participar en labores, que requerían de un esfuerzo al que no estaban habituados. De manera que los ingenieros militares se las veían y deseaban para reunir diariamente los hombres necesarios. En la construcción de los fuertes en Igeldo se necesitaban de 200 a 300 hombres diarios, pero sólo acudían al trabajo unos 30 individuos. Los llamamientos de las autoridades locales a los habitantes para que cumplieran con su deber fracasaban una y otra vez. Y los mandos militares se quejaban de la "absoluta indiferencia" que mostraba la corporación donostiarra ante un problema de seguridad grave.

Las obras en Igeldo se fueron retrasando y la impaciencia de los militares fue en aumento.

Finalmente, el problema se resolvió cuando el gobernador militar de la plaza, brigadier José González, empezó a imponer multas, tanto a los trabajadores ausentes como a sus ayuntamientos.

A su vez, los carlistas levantaron un conjunto de bastiones, caseríos fortificados y trincheras que cercaron por el oeste a San Sebastián y sus fuertes⁵⁰: Mendizorrotz en Igeldo; Arrokaín, Bordatxo y Artxubieta en el monte Arratsain, y también en varios puntos situados en la línea de montes que descenden desde la falda de Arratsain hasta Añorga y Txikierdi en Usurbil-Lasarte: Bentazikin, Aritzeta, Zelaiaundi, Bidarte y Barkaiztegi.

47. *Ibidem*, p. 182.

48. SÁEZ GARCÍA, Juan Antonio. Las fortificaciones liberales en las proximidades de San Sebastián durante la última guerra carlista. *Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián*. N. 35 (2001), p. 255-327.

49. AMD-DUA E-5-V-2151-8; AMD-DUA E-5-V-2155-5; AMD-DUA E-5-V-2158-1; AMD-DUA E-5-V-2151-3.

50. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 210-211.

Se colocaron cañones. La batería de Bentazikin apuntaba a San Sebastián, mientras que los cañones de los reductos de Bidarte y Barkaiztegi enfocaban al fuerte de Lugaritz.

En el camino de Galarreta a Usurbil se fortificaron los caseríos de Pitikar, Sosberi, Larzabaleta y Terasategui.

Al comienzo de la guerra, la marina liberal en el Norte apenas contaba con unos pocos barcos de madera viejos y desvencijados, ya que los mejores buques habían caído en poder de los insurrectos republicanos radicales del Cantón de Cartagena-Murcia⁵¹.

La situación cambió tras ser sofocada la sublevación cantonal, el 12 de enero de 1875. Entonces se creó la “Armada del Cantábrico”. La flota se puso al mando del brigadier Sánchez Barcaiztegui que apoyó la ofensiva liberal en la línea del Oria, Zarauz y Getaria bombardeando los pueblos costeros guipuzcoanos.

El 24 de mayo de 1875 la batería carlista de Motrico lanzó unos disparos contra el buque Ferrolano. Sánchez Barcaiztegui, decidió realizar un reconocimiento de la zona saliendo de San Sebastián a bordo del vapor Colón. Al llegar a un punto entre Zumaia y Motrico, los carlistas abrieron fuego provocando la muerte instantánea del brigadier. El gobierno nombró para sustituirle al contralmirante Polo de Bernabé. Este recibió órdenes de bombardear de forma sistemática los puertos carlistas en la costa de Bizkaia y Gipuzkoa como represalia. La campaña de bombardeos duró todo el verano desde junio a septiembre. La escuadra liberal se reforzó con la fragata acorazada Vitoria, que era el mayor buque con que contaba la marina de guerra española en aquel momento. Estaba dotado con un blindaje que le hacía inexpugnable a la artillería carlista.

Buques de guerra extranjeros participaron en el bloqueo costero en el Cantábrico. Alemania aportó tres barcos: Nautilus, Albatros y Augusta; También Inglaterra y Francia enviaron buques: las fragatas inglesas Leigh, Ariel y Fly, y la francesa Oriflante, respectivamente.

Los carlistas respondieron al bombardeo de sus pueblos costeros cañoneando las poblaciones liberales del interior. Durante el mes de julio y la mitad del mes de agosto Pasajes, Irun, Hernani y San Sebastián sufrieron los disparos del enemigo.

51. PARDO SAN GIL, Juan. Las operaciones navales en la última guerra carlista (1872-1876). Revista de historia contemporánea. Año n.º 20, n.º 58, 2005, pp. 133-154.

El bombardeo de la ciudad se inició en julio de 1875 desde Arratsain y Mendizorrotz, utilizando cañones Whitworth, de poco alcance⁵². Y con muy poco éxito, ya que la mayoría de los proyectiles quedaban cortos y no pasaban de la bahía. Curiosamente, las dos primeras bombas cayeron en el llamado "Paseo de las Puertas Coloradas", situado en la actual Ategorrieta y los proyectiles fueron lanzados en el fuerte de Santiagomendi.

Los pepinazos cayeron muy cerca de un grupo de jóvenes que en aquel momento estaban bailando, pero no se inmutaron y siguieron con su fiesta.

Con anterioridad a la guerra, el paseo había sido muy utilizado por los donostiarras. La avenida estaba cubierta por árboles frondosos y disponía de magníficos bancos de piedra. Su nombre le venía de las hermosas casas con puertas y ventanas que existían y estaban pintadas con colores.

Pero en el mes de septiembre la cosa cambió radicalmente. Los carlistas emplazaron una batería Vavasseur con un alcance de siete kilómetros en Bentazikin, lugar situado en la falda de Arratsain, a 4.000 metros de la plaza (actualmente desaparecida, la venta se situaba en el paraje en que el camino a Usurbil cruza por debajo de la autopista a Bilbao. El 29 de septiembre comenzó el cañoneo desde el nuevo emplazamiento⁵³. El diario carlista "El Cuartel Real" del 2 octubre daba la noticia⁵⁴:

"Esta noche se han lanzado 175 disparos de artillería y el 80 % han reventado dentro de la ciudad. El pánico que ha provocado en la población ha sido enorme. En los primeros momentos los habitantes llegaron a creer que la plaza estaba siendo asaltada". Al día siguiente en un artículo titulado "La ciudad rebelde" se decía "Esta población que ha dado refugio a los opresores y tiranos del noble pueblo guipuzcoano, vejado, oprimido y esclavizado por espacio de tantos años, ha comenzado a sentir los efectos de la justicia. Aquí donde hasta ahora era entusiasmo y regocijo y se celebraban opíparos banquetes, bacanales y orgias para celebrar los supuestos triunfos de las armas liberticidas, ahora no se oyen más que ayes y lamentos. El terror está pintado en los rostros de todos los vecinos que tratan de huir al extranjero".

52. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, p. 156.

53. *Ibidem*, pp. 177-178.

Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883. Tomo VII. Capítulo III, pp. 204-205.

54. CASTELLS, Carmen. Desenlace de la guerra carlista a través de la prensa guipuzcoana: "El cuartel real y "El diario de San Sebastián". 1967.

La verdad es que el bombardeo conmocionó y alteró la vida de la ciudad⁵⁵. La embarcación que traía el correo postal a la ciudad dejó de entrar en el puerto y muchas familias donostiarres se escaparon a Francia por barco.

Por miedo a las bombas, el mercado de la Bretxa, inaugurado en julio de 1871, fue trasladado a los soportales de la Plaza de la Constitución y de la Plaza de Gipuzkoa.

Los edificios importantes fueron protegidos por tablas y sacos rellenos de arena. En el Boulevard se colocó una inmensa barricada para protección de los transeúntes. Los arcos de los soportales de la plaza de Gipuzkoa fueron cegados con tablonés.

Si bien es verdad que las bombas causaban pocas víctimas, sí generaban un gran desasosiego en la población.

Se había corrido la voz de que una quinta columna estaba dirigiendo el fuego artillero del enemigo desde el interior de la ciudad por lo que hubo que movilizar a la guardia civil. Quedó prohibido deambular de noche por las calles. Tras efectuarse el toque de retreta todos, civiles y militares, debían permanecer en el interior de sus viviendas y cuarteles. Se prohibió encender fuego durante la noche en las casas situadas en los barrios más expuestos al cañoneo del enemigo. Se instalaron turnos de vigía que avisaban por el sonido de campana a los vecinos del comienzo de los bombardeos. Los transeúntes disponían de 30 segundos para ponerse a cubierto desde que se veía el fogonazo hasta que explotaba la bomba. Al principio un centinela solía posicionarse en la torre de la iglesia de Santa María. Más tarde el sistema de aviso mejoró con la colocación de vigías adicionales en el castillo de la Mota.

Los proyectiles carlistas constituían una fuente de ingresos para algunos⁵⁶. Multitud de chiquillos se juntaban en las playas aguardando que algunas granadas dirigidas al muelle cayeran al mar.

Los jovencuelos se lanzaban al agua para recoger las carcasas, que luego las vendían a buen precio a los armeros eibarreses emigrados, que las transformaban en obras de arte.

El 21 de julio de 1876, moría el poeta Indalecio Bizcarrondo, “Bilintx”, a consecuencia de las complicaciones de las heridas producidas por una granada, que el 20 de enero día de San Sebastián, había penetrado en su vivienda, destrozándole ambas piernas. Bilintx era una persona muy popular.

55. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 212-214.

56. AMD-DUA E-II-2131--5.

Vivía de la venta de periódicos y de su empleo como conserje en el teatro Principal. Pertenecía a la 4.^a compañía del batallón de voluntarios de la ciudad. Había salido de la guardia y acaba de entrar en su domicilio de la calle Mayor para cambiarse de ropa cuando ocurrió el mortal accidente. Dejó viuda y tres hijos pequeños. Tras la guerra, su mujer, Nicolasa Erquicia, fue nombrada para suceder a su marido como conserje del teatro.

En febrero de 1876, los artilleros de Bentazikin sustituyeron los proyectiles Withworth por otros más sofisticados, tipo Woolwich, provistos de espoletas de tiempo y rellenos de un material incendiario⁵⁷. Una de estas granadas cayó en los almacenes militares ubicados en el convento de Santa Teresa y un edificio contiguo en la subida al Castillo. En estos depósitos se guardaban las provisiones llegadas por barco y destinadas al racionamiento de militares y voluntarios. Se produjo un gran incendio que costó sofocar bastantes horas.

La batería de Bentazikin estaba semienterrada, pues estaba sometida al fuego artillero de las posiciones liberales en los fuertes de Hernández, Artolamendi y Lugaritz⁵⁸. El emplazamiento era destruido durante el día, pero los carlistas los volvían a levantar durante la noche. Y así una y otra vez. Se producían muchas bajas entre los artilleros, de ahí el dicho que se corrió en las filas carlistas de que "*ser destinado como artillero a Bentazikin era como ir al matadero*".

El bombardeo de la ciudad se prolongó hasta el 7 de febrero, día en que los carlistas abandonaron definitivamente todas sus posiciones en la zona.

Afortunadamente para los donostiarras, dos enormes y potentes cañones Whitworth de a 13 cm, que fueron adquiridos por la Diputación en los últimos meses de la guerra, no llegaron a tiempo para ser utilizados⁵⁹. Iban a ser emplazados en Bentazikin. Las piezas pesaban tres toneladas y media cada una; su traslado resultó ser una tarea harto difícil, pues exigía disponer de mejores caminos y del concurso de seis parejas bueyes. Terminaron sus días defendiendo la ciudad de Cavite en Filipinas.

Curiosamente el bombardeo de San Sebastián se produjo cuando la suerte de la guerra se inclinaba de forma definitiva del lado liberal. En diciembre de 1874, se tuvo lugar la restauración de la monarquía borbónica

57. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, p. 214.

58. BAROJA, Serafín. Crónica de la Segunda Guerra Carlista: enero y febrero de 1876. San Sebastián: Txertoa. 1986, p. 69.

59. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, p. 215.

en la persona del rey Alfonso XII que contó con el apoyo de todos los militares.

En el bando carlista la situación era muy mala. En enero de 1875 las diputaciones vascas reunidas en Durango redactaron una carta al pretendiente Don Carlos que decía que el país estaba abatido y con los recursos agotados. “Los ciudadanos no pueden soportar más tiempo las tribulaciones y sacrificios que se les viene exigiendo. Sí bien las gentes mantienen todavía firmes sus convicciones, el desánimo y abatimiento está calando en las mentes de todos. Sí no se llevan a cabo de manera inmediata reformas serias y radicales, va a ocurrir una catástrofe”⁶⁰.

Voluntarios de la Libertad en San Sebastián

A medida que los pueblos de la Provincia iban cayendo en poder de los carlistas, una parte de sus habitantes, junto con los miembros de las milicias, se fueron refugiando en San Sebastián⁶¹.

En mayo 1873 comenzaron a llegar a la ciudad personas emigradas. El flujo de refugiados se incrementó con la caída de Eibar el 14 de agosto de 1873, y más tarde con la retirada liberal de las poblaciones de Tolosa, Oiartzun, Orío y Andoain, a finales de febrero de 1874. La población de San Sebastián estimada en 14.000 vecinos, se incrementó en 3.500 personas más. Los voluntarios de la libertad emigrados se integraron en la milicia urbana que defendía la capital. Se formaron tres batallones con 1.700 hombres en total. El 1.º batallón formado por donostiarras y 30 oyarzuarras tenía 1.000 efectivos.

El 2.º batallón estaba compuesto por eibarreses e individuos de los pueblos vecinos: Elgoibar, Oñate, Bergara, Azpeitia, etc. Tenía 550 integrantes. Los eibarreses Ignacio y Teodoro Ibarzabal eran sus jefes.

El 3.º batallón era el de los tolosanos. En el mismo, también había hombres de Orío, Andoain, Lizartza, Amezketa, Berastegi, Alegia, etc. En total unos 450 hombres.

El coronel que ostentaba el mando de los tres batallones era el donostiarrá Nemesio Arrecoechea. José Manuel Brunet hacía funciones de segundo jefe.

60. PIRALA, Antonio: Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil. Tomo 16. Pamplona: Herper, 1999 pp. 428-432.

61. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 215-218.

Los oficiales eran elegidos por votación abierta entre los voluntarios, decisión que en aquella época resultaba absolutamente revolucionaria y hasta peligrosa. Aunque las autoridades se cuidaron mucho de que entre los capitanes seleccionados no se infiltraran elementos republicanos radicales. Además, para los puestos más altos siempre se escogieron a hombres de probada experiencia militar y fidelidad al Orden constituido. A pesar de ello, el 14 de junio de 1872 estando reinando en España Amadeo I, estalló una disputa en el seno del batallón de la libertad donostiarra entre partidarios de la monarquía y republicanos⁶². La 3.^a compañía de voluntarios movilizados reclutada por el partido republicano donostiarra y que se hallaba en Tolosa se amotinó y regresó a San Sebastián. Se apoderó por sorpresa del ayuntamiento y de la Plaza de la Constitución. Comenzaron a dar gritos a favor de la república federal y en contra de la corporación pro monárquica. Intentaron sublevar a otras compañías. Hubo tiroteos y el ejército se vio obligado a intervenir. Los amotinados pudieron ser reducidos y desarmados gracias a la intervención de una compañía del regimiento de Luchana de guarnición en la plaza y otra de ingenieros que llegó desde Irun. Tres voluntarios y una mujer resultaron heridos. Los golpistas fueron destinados a la villa de Irun. El gobernador civil, Sr. Fernández, de ideología republicana no quiso castigar a los sediciosos a pesar de las protestas del diputado general Aguirre.

Serafín Baroja, padre del escritor Pio Baroja (nacido el 28 de diciembre de 1872), sirvió como voluntario en el 1.º batallón. Había trabajado varios años como ingeniero jefe en las Minas de Río Tinto. A finales de 1872, regresó a su ciudad natal en compañía de su esposa y dos hijos. Un tercer hijo, Pio, nacería a finales del mes de diciembre coincidiendo con el comienzo de la guerra. Su trabajo de profesor de historia natural en el instituto donostiarra (calle Peñaflorida) se truncó con el estallido de la guerra y tuvo que ganarse la vida como corresponsal de guerra en el periódico *Tiempo*. Autor de poesías en euskera y castellano que rezuman un profundo anticarlismo. Su nieto, Julio Caro Baroja, menciona en sus memorias algunos estribillos que solía escuchar a su abuela y están relacionados con el bombardeo de San Sebastián⁶³:

“En la casa de Munoa una grande cayó/ y de las trabajadoras / a tres carlistas hirió” “La primera bomba al río cayó/ y la segunda corta quedó/ y la tercera en el bulevar/ anda la gente sin novedad”. A Serafín le tocaba hacer guardias en el fortín del puente de Sta. Catalina: *“Haciendo guardia en el*

62. RODRÍGUEZ DE CORO, Francisco. El primer obispo de Vitoria y la villa de Zumaya en torno a la revolución de 1868. San Sebastián: Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1976.

63. CASTELLS, Carmen. Desenlace de la guerra carlista a través de la prensa guipuzcoana: “El cuartel real y “El diario de San Sebastián”. 1967.

puente eché el “Quién vive” a un casero tres veces, y el majadero al “alto”, subiõse a un árbol de un salto, dejándome atolondrado, y al encontrarse colgado, me gritó: “Pues ya estoy alto”.

El cuerpo de voluntarios, dispuso desde agosto de 1871, de su propia “charanga” o banda de música integrada por 31 músicos y que estaba dirigida por Luis Reparaz⁶⁴.

Los músicos se comprometían a dar conciertos en la Alameda en la temporada de verano (15 de julio a 17 de septiembre) en la Alameda a cambio de una pequeña suma de dinero. Otra de sus obligaciones era la de dar la bienvenida a los personajes distinguidos y jefes militares que llegaban a la ciudad. En febrero de 1873 se creó la “escuadra o ambulancia sanitaria” encargada de prestar ayuda sanitaria a los heridos que se producían en los puestos de guardia, en las calles y en las casas. La formaban once individuos: el teniente médico, Víctor Acha, dos sargentos sanitarios, dos cabos sanitarios y seis camilleros. Actuaban bajo el auspicio de la Cruz Roja y tenían dos locales abiertos: en el bajo del ayuntamiento y en el edificio de la Diputación. En julio de 1875, Acha fue sustituido por el médico Estanislao Castillo. Aunque los sanitarios, apenas dispusieron de material, simplemente dos camillas y dos mochilas-botiquín, su ayuda fue importante. Así, en un parte del 29 de septiembre de 1875, el médico Estanislao Castillo, relata la amputación que ha llevado a cabo con éxito en la pierna del voluntario de la 4.^a compañía, Juan Bautista, por el estallido de una granada, que le había ocasionado una gran destrucción de tejido blando, así como una grave fractura conminuta en el fémur en la zona inmediatamente por debajo del trocánter menor del fémur.

La defensa de los fuertes y la persecución de las partidas carlistas que merodeaban por las inmediaciones de la ciudad era responsabilidad de los voluntarios, miqueletes y carabineros⁶⁵. En las operaciones en el exterior, los miqueletes solían acompañar a las tropas, y los voluntarios tenían que asumir ellos solos la defensa de la ciudad. Una tarea muy dura, pues había un gran número de puestos de centinela o garitas y tambores instalados, tanto en el exterior como en el interior de la ciudad.

Cada batallón tenía asignado su sector. El batallón de Tolosa se encargaba de la defensa del barrio de Loiola.

Los batallones se reunían en la Plaza de Gipuzkoa una vez al mes para pasar revista de armas. La sesión estaba dirigida por un oficial de miqueletes. La inasistencia a una revista era penalizaba con la privación de las

64. AMD-DUA E-5-II-2130-7 y AMD-DUA E-5-II-2131-5.

65. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 219-221.

raciones de dos días. Una vez por semana, cada compañía realizaba ejercicios de instrucción y de tiro. Cada dos o tres días, los voluntarios tenían servicios de guardia. La inasistencia a una guardia estaba mal vista y era severamente castigada. La primera falta era penalizada con una peseta de multa y la suspensión de las raciones de cuatro días. Los reincidentes recibían castigos mayores.

Los voluntarios recibían una peseta diaria y la ración de comida cuando estaban de servicio. Una mitad de la soldada la abonaba el Ayuntamiento y la otra mitad lo hacía la intendencia militar.

A los voluntarios donostiarras con un puesto de trabajo les resultaba difícil cumplir con las tareas de vigilancia⁶⁶.

De ahí que, bastantes empleados abandonaran sus oficios. Había necesidad de más hombres y por esta razón, a finales del mes de abril el coronel de los voluntarios pidió al alcalde que propusiera la creación de una milicia forzosa.

Los tolosanos constituyeron un colectivo separado⁶⁷. Los aproximadamente dos mil tolosanos emigrados dispusieron de su propio ayuntamiento en San Sebastián (la villa contó con dos ayuntamientos, el carlista en la villa y el liberal emigrado en la capital), cuya sede se ubicó en el edificio dedicado a Correos y Telégrafos situado en la esquina de las calles Andía/Garibay (En 1860 se derribó el solar para edificar la sede de la Caja de Ahorros Provincial). El ayuntamiento donostiarra rehusó hacerse cargo de la manutención y vestuario de la milicia tolosana. La escasez de fondos de la corporación tolosana determinó que muchos voluntarios sufrieran grandes penurias. La ración de los voluntarios quedó reducida a una sola comida diaria. Su estado físico era deplorable y andaban medio desnudos vistiendo andrajos. La indisciplina y el mal comportamiento podían suponer la expulsión del cuerpo de voluntarios. Era el castigo más duro que podía recibir un voluntario de la libertad. Una queja por escrito firmada por tres compañeros y dirigida al capitán de la compañía bastaba para que se pusiera en marcha un mecanismo que terminaba en la expulsión o en la imposición de una fuerte multa al acusado. Si el capitán se veía incapaz de resolver el conflicto internamente y remitía una queja por escrito al Consejo formado por el coronel supremo, Nemesio Arrecoechea y los comandantes de los batallones, el caso pasaba a la jurisdicción del ayuntamiento. En la casa consistorial se celebraba una reunión a la que asistía el pleno de la corporación junto con

66. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, p. 143.

67. AMT-TUA E-5-II.

los hombres de la compañía. Y se votaba. Sí dos tercios de los compañeros votaban en contra, el encausado era expulsado del cuerpo.

Hemos encontrado algunos casos de voluntarios tolosanos expulsados⁶⁸. Generalmente los motivos se debían a desobediencias y faltas de respeto a los mandos. El sargento primero de la primera compañía, Ignacio Nazabal fue uno de los despedidos. Los hechos ocurrieron el día 16 de junio de 1875. En el momento en que la compañía a cuyo mando estaba el capitán José Antonio Arcelus se iba a hacer cargo de la guardia del fuerte del Molino del Viento, Nazabal se negó a entrar en servicio. Estaba harto de tanto esfuerzo, de las privaciones y de las guardias. En el momento de formar para la guardia tuvo un arrebato de cólera salió de la fila gritando e insultando contra su capitán y el cuerpo de voluntarios. Su superior inició un expediente sancionador que siguió su curso ascendente y finalmente el coronel de los voluntarios, Nemesio Arecochea, firmó el 8 de julio la orden de expulsión del cuerpo. De nada sirvió un escrito de Nazabal pidiendo perdón y prometiendo obediencia, tampoco le valieron el relato que hizo de las dificultades familiares por las que atravesaba, teniendo que hacerse cargo de su anciana madre y de una hermana impedida. Hay que tener en cuenta que los emigrados en edad de luchar no recibían alojamiento sí no estaban enrolados como voluntarios.

Vida en la ciudad sitiada

Los vecinos fueron obligados a recibir en sus casas a huéspedes, civiles y militares. Los donostiarras tenían dos opciones, o aceptaban en sus viviendas a emigrados o pagaban una contribución extra al ayuntamiento. Nadie por muy distinguido que fuera se salvaba de esta obligación. Así⁶⁹, personajes como los hermanos Brunet, Francisco y José; Joaquín Bermingham; el marqués de San Millán; el marqués de la Laguna, etc., tuvieron que ceder habitaciones en sus casas. Lo sucedido a Francisco Brunet es una buena muestra del celo que el municipio mostró en el apartado de alojamientos. Debido a la guerra, Brunet se había visto obligado a dejar su mansión en la falda del monte Ulía, e irse a vivir a un piso que poseía en la calle San Juan, en el casco urbano. Su casa de campo pasó a ser utilizada como cuartel para la tropa. Sin embargo, este hecho no fue razón suficiente para que la “Junta de Alojamientos” le eximiera del deber de dar cobijo a familias en su vivienda de la parte vieja.

68. *Ibidem*.

69. AGG-GAO, E-5-II-2131.

Solamente los integrantes del cuerpo de voluntarios quedaban exentos de contribuir a la "carga de alojamiento" dando dinero o alojando a personas. Extranjeros como, el belga Nicolas Lambert, domiciliado en Tolosa y emigrado a la capital; también los señores Kutz y Heintz, fabricantes de cerveza, y el litógrafo Rodolfo Sprenger, todos de nacionalidad alemana, no se libraron de los pagos, a pesar de las protestas de sus cónsules⁷⁰.

Debido a que muchos vecinos se negaban a recibir a los huéspedes asignados a ellos, alegando el peligro de contagio por enfermedades, especialmente la sarna, que padecían los refugiados, hubo que obligar a éstos a pasar un reconocimiento médico en la enfermería sita en el bajo de la casa consistorial.

En los últimos días de febrero de 1874, Tolosa, Orio, Andoain y Oiartzun cayeron en poder del enemigo y muchos de sus habitantes buscaron refugio en San Sebastián.

Unas pocas familias acomodadas pudieron alojarse en hostales o viviendas de parientes⁷¹. Las fondas, Sebastopol y Tolosana, ubicadas en las calles San Martín y San Marcial respectivamente, se llenaron de tolosanos. Pero la mayor parte de las familias al no disponer de medios económicos tuvieron que ser alojadas con cargo al erario público. Los recién llegados tuvieron que pasar varias noches en condiciones pésimas en las cabinas de la casa de baños, la llamada "Perla del Océano", ubicada en la playa de la Kontxa.

El aposentador del ayuntamiento, Luis Reparaz, se vio desbordado por la situación. Solo tenía plazas de alojamiento para 926 personas, pero la cifra de necesitados, entre civiles y militares, alcanzaba los 2.500 individuos⁷². El problema planteado era serio y había que actuar con urgencia. Las decisiones que el ayuntamiento tomó provocaron el rechazo de muchos.

La primera medida adoptada, la incautación de las viviendas de los carlistas huidos y su utilización para alojamiento de los refugiados gozó de la aprobación de la ciudadanía. Pero no ayudó a resolver las necesidades urgentes de alojamiento, ya que previamente a su ejecución había que confeccionar un inventario de los muebles y enseres. Las autoridades locales no tuvieron otro remedio que requisar las casas vacías de familias liberales. Una de ellas, era la casa situada en la Avenida de la Libertad perteneciente

70. AMD-DUA E-5-IV-20129-1.

71. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, p. 97

72. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 219-221.

a José Moyua, marqués de Rocaverde y diputado general. El edificio había sido sede del colegio de 1.º y 2.ª enseñanza de los jesuitas, hasta que en julio de 1873 la orden fue expulsada. El diputado reaccionó a la requisa presentando su dimisión de su cargo.

Algo similar ocurrió con los voluntarios de la libertad que dimitieron en masa con su jefe Aurrecoechea al frente, cuando la corporación donostiarrá suprimió la exención de la “carga de alojamiento” que habían estado disfrutando los voluntarios y los militares en activo⁷³. Se produjo un grave problema de seguridad en un momento en que las tropas del ejército se encontraban fuera de la ciudad enfrascadas en operaciones en la zona de Orio, y la única fuerza militar que quedaba en la plaza era la guarnición del castillo.

De momento los dimitidos fueron obligados a seguir en sus puestos por el gobernador civil que no aceptó sus renunciaciones. La corporación municipal, sintiéndose aislada y rechazada por todos, dimitió. Pero tuvo que ejercer sus funciones de forma interina hasta el nombramiento del nuevo concejo que tuvo lugar el día 4 de abril. El nuevo consistorio dio marcha atrás, y suprimió las medidas efectuadas por el consistorio anterior. El diputado general retomó su cargo y los voluntarios volvieron a sus destinos. José Moyua aceptó, esta vez de buena gana, que en su casa de la Avenida de la Libertad fueran alojadas 27 familias emigradas que hacían un total de 122 personas.

Conforme fueron llegando a la ciudad nuevos contingentes de tropas se hizo más evidente la falta de espacios para acuartelamientos. Las necesidades de alojamiento para militares se cifraron en 2.700 plazas⁷⁴. El 16 de octubre de 1874, se acordó la adquisición de 1.000 camas para alojar a los soldados. El convento de San Telmo, utilizado hasta aquel entonces como parque artillería, fue habilitado como cuartel con capacidad para albergar 240 soldados.

La compra de camas y enseres recayó sobre las espaldas del vecindario. A los donostiarras se les ofreció dos opciones: o contribuían con dinero al pago del material, o alojaban a militares en sus casas. 1.000 familias eligieron la opción de aportar dinero, y otras 800 familias aceptaron seguir cobijando en sus viviendas a militares. El 3 de enero de 1876, a menos de dos meses del final de la guerra, había todavía 206 militares viviendo en casas privadas.

73. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. *Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad*. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, p. 100.

74. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 223 y ss.

Con la afluencia masiva de militares, se produjeron hacinamientos y surgieron las epidemias. El 18 de diciembre de 1874, estalló una grave epidemia de viruela entre los soldados enfermos en el hospital militar⁷⁵ que se propagó a los vecinos y obligó a habilitar dos hospitales de "virulosos", uno de ellos en la estación del tren y el otro en una nave vacía de la antigua Misericordia, que fueron acondicionados para alojar a civiles y militares⁷⁶. En la ciudad apenas había cuadras. A finales del año de 1875 comenzó a llegar a la ciudad una cantidad creciente de animales que acompañaba a las tropas y a las piezas de artillería. Las cuadras de los barracones levantados en terrenos de la antigua Casa de Misericordia, que tenían una capacidad para albergar a 130 acémilas y sus 65 cuidadores, resultaron insuficientes. Y hubo que improvisar nuevos establos en los vagones de mercancías y en los almacenes de la estación, también en los soportales de las plazas de Gipuzkoa y de la Constitución e incluso en los bajos de algunas casas. En la cuadra de la casa situada en la calle Garibay, letra A, de la que era propietario Fidel Mugica, se cobijaron a 30 a 40 animales. A los propietarios de edificios se les dio a elegir entre dos opciones: o aceptaban animales en los bajos y se beneficiaban de la venta del estiércol, o alojaban personas en sus viviendas.

La hacienda municipal donostiarra tuvo que hacer frente a muchos gastos generados por la guerra⁷⁷. Hemos mencionado los desembolsos relacionados con las obras de defensa de la ciudad. El armamento y equipamiento de la milicia constituían otra suma de dinero importante que el consistorio donostiarra tenía que abonar.

También corrían a cargo de la ciudad los gastos derivados del transporte diario por mar a Getaria de los víveres y otros avituallamientos que necesitaba la villa, que estuvo asediada y aislada por tierra durante toda la guerra. Así mismo, el ayuntamiento donostiarra tenía que asumir las necesidades urgentes que iban surgiendo en las localidades de Hernani, Errenteria y Oiartzun.

Durante los meses que duraron las operaciones del ejército en la zona de Orio y Getaria (meses de enero a mayo de 1875), las tropas recibían a diario víveres que eran enviados por mar desde San Sebastián.

75. El hospital militar era un edificio en malas condiciones que los militares tenían alquilado en la antigua Casa de Misericordia en el barrio de San Martín. En ROQUERO USSIA, María Rosario. La beneficencia en San Sebastián. Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra. Fundación Kutxa, 2000, p. 132.

76. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, pp. 223 y ss.

77. *Ibidem*, p. 221.

El 20 agosto 1874, el ayuntamiento donostiarra expuso al ministro de Hacienda, que por falta de recursos y arbitrios se veía imposibilitado para seguir haciendo frente al costo de las obras de fortificación que se estaban llevando a cabo. Tampoco podía seguir acogiendo a las familias, voluntarios y tropas, que llegaban a la ciudad. La corporación municipal necesitada de recursos pidió autorización a Madrid para vender algunos solares que todavía estaban sin edificar en el Ensanche. Esperaba poder reunir una suma de dos millones de reales. Pero el Gobierno desautorizó la operación, aduciendo que parte de los suelos eran de propiedad estatal, ya que habían formado parte de las murallas.

La relación de los vecinos con la tropa no siempre resultó fácil⁷⁸. Los soldados, especialmente cuando sus mandos no estaban presentes, abusaban de sus hospederos. Así ocurrió en el caserío Buenavista en el camino de Igeldo. El propietario se quejaba de los desmanes que estaban cometiendo los 40 o 50 soldados de la 3.^a compañía del batallón de Puerto Rico “están utilizando puertas y muebles como leña para guisar sus ranchos”.

El 29 de junio de 1875, el gobierno de la Nación expidió un decreto por el que se expulsaba a todas las familias carlistas que vivían en territorio liberal y se embargaban sus bienes⁷⁹. Los carlistas reaccionaron haciendo lo mismo con las familias liberales que vivían en su territorio. A San Sebastián llegaron a partir del 24 de julio muchas familias liberales expulsadas. Solamente de Bergara vinieron 80 familias. Se les alojó en viviendas de carlistas huidos. A las personas sospechosas de apoyar al enemigo se les impuso una contribución especial destinada a costear las raciones de los nuevos emigrados.

La ciudad se fue convirtiendo en una especie de base militar y todos sus recursos fueron puestos al servicio del esfuerzo bélico⁸⁰. Los hoteles y fondas de la ciudad (hotel Cursaal, hotel Ezcurra y fondas: Vda. de Beraza, Parador Real, Berdejo, Comercio, La Bilbaína, Juanito, etc.), que en otro tiempo se llenaban de veraneantes, fueron ocupados por oficiales del ejército.

Los teatros, Principal (1843, propiedad municipal) y Circo (1870, propiedad privada), que tenían capacidad para 2.100 localidades, estaban

78. AMD-DUA E-5-IV-20129-1, AMD-DUA E-5-IV-20125-8.

79. MUÑOZ ECHEBAGUREN, Fermín. *Anales de la segunda guerra carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad*. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002, pp. 160-161

80. RECONDO BRAVO, José Antonio. “La segunda guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos”. Mayo 2018, pp. 224-225

cerrados a causa de la guerra, y ninguna compañía teatral o de zarzuela osaba venir.

El casino-hotel del Cursaal (futuro hotel Londres) y las escuelas públicas del "ensanche" (esquina de la calle Peñaflorida con la calle Garibay) fueron habilitados como hospitales militares. Se pensó en habilitar otro hospital en las antiguas escuelas públicas de niños de la plaza Sarriegui, pero finalmente no hubo necesidad de hacerlo.

El médico militar Antonio Población, destinado en Gipuzkoa como subinspector en el cuartel general de la "División Loma"⁸¹ cifra en 500, las bajas gubernamentales en la cruenta batalla de Belabieta que tuvo lugar el 9 de octubre de 1873 cuando el general Moriones al frente de 16.000 hombres forzó el bloqueo carlista a Tolosa. Más de 300 heridos fueron transportados en carros y carruajes a San Sebastián. No había espacio suficiente en el desvencijado hospital militar y hubo que acondicionar espacios para alojarlos en el hotel Cursaal y en el edificio de los jesuitas de la Avenida de la Libertad.

San Sebastián siempre tuvo fama de ser un pueblo jovial y animado, muy dado a la celebración de festejos y regocijos públicos⁸². Durante todos los domingos del año, se organizaban sesiones de bailes en el casino La Unión y en la Unión Artesana de la plaza Lasala. También los domingos, por la mañana y tarde se corrían bueyes en la Plaza Nueva (actual Plaza de la Constitución).

Las conmemoraciones de Santo Tomás y de la patrona de la ciudad el 20 de enero y los tres días de carnaval en el mes de febrero o marzo, gozaban de merecida fama y muchos forasteros venían a disfrutar de los festejos. En carnavales se organizaban diversos espectáculos: bailes de disfraces en el teatro Principal, corridas de toros de muerte en la plaza Nueva, toros de fuego, fuegos artificiales en el campo de maniobras, etc. También comparsas de jóvenes de ambos sexos, magníficamente ataviados con motivos alegóricos, recorrían las calles bailando y cantando al son de la música compuesta por renombrados compositores locales para terminar confluyendo en la Plaza Nueva.

A consecuencia de la guerra, estas fiestas y celebraciones desaparecieron casi por completo, simplemente alguna que otra estudiantina sin importancia se paseaba en los días de carnaval. La última corrida de toros,

81. POBLACIÓN Y FERNÁNDEZ, Antonio. Historia orgánica de los hospitales y ambulancias militares. Imprenta Ángel Cuadrado. 1880.

82. MANTEROLA, José. "Breve noticia de algunas comparsas y fiestas de carnaval habidas en San Sebastián durante el pasado siglo". Euskal-Eria: Revista vascongada en San Sebastián T. 58, 1908, pp. 140-160.

se celebró en la plaza de toros de Atocha, durante el carnaval de 1870 con ganaderías de Navarra. El recinto taurino tuvo una existencia corta ya que fue incendiada por la partida carlista de Ochavo.

Los carnavales de febrero de 1874, días 14 al 16, se celebraron en condiciones difíciles⁸³. Tolosa y Oiartzun estaban a punto de caer en mano del enemigo. Las partidas carlistas merodeaban por los alrededores de la ciudad y no dejaban a nadie salir o entrar en la Plaza. No era momento para celebraciones, pero la corporación donostiarra bajo la presión de la ciudadanía tuvo que acceder a organizar un año más el espectáculo de toros ensogados en la Plaza de la Constitución, en mañanas y tardes. Cientos de voluntarios de la libertad, muchos emigrados de los pueblos, rivalizaron en temeridad ante un público entusiasmado que desde los balcones jaleaba los lances, aplaudiendo o sacando los pañuelos a los más valientes.

Había que levantar los ánimos de la población y cualquier excusa, una victoria militar, o la visita de una autoridad militar, era buena para festejarla con desfiles y bailes⁸⁴. Así, el 2 de mayo de 1874 en conmemoración de la liberación de Bilbao hubo fuegos artificiales en la Plaza de la Constitución y baile en la casa consistorial. El día 1 de septiembre de 1875 se festejó con un gran baile en el salón del teatro Circo la presencia en la bahía de los buques prusianos que habían llegado para rendir honores al brigadier de la marina, Victoriano Sánchez y Barcaiztegui que acababa de fallecer en combate. El 4 de julio hubo concierto en el teatro Circo a beneficio de las familias emigradas de los pueblos y el 20 de julio de 1875 se celebraba de nuevo en el mismo teatro otra función musical, esta vez en beneficio de las víctimas del bombardeo de Getaria. El día 28 de julio se celebró un gran baile que duró hasta el amanecer, etc.

Durante los meses estivales la banda de los voluntarios de la libertad ofrecía conciertos en la Alameda. En ocasiones actuaba la charanga del batallón de miqueletes y también lo hacían las bandas de música de los regimientos militares.

Pero los esfuerzos de las autoridades no tenían gran éxito. Los donostiarras estaban hartos de la guerra, de las exigencias de los militares y de un enemigo cruel, que estaba siempre al acecho.

La guerra finalizó el 27 de febrero de 1876. San Sebastián recobró con suma rapidez su actividad comercial y su condición de capital turística y

83. MEYLAN, Auguste: *A Travers de las Espagnes*. Sauduzet et Fischbacher editeurs, 1876.

84. RECONDO BRAVO, José Antonio. "La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos". Mayo 2018, p. 226.

sede en los veranos de la corte real española. Por el contrario, Tolosa con su industria dañada y descapitalizada, entró en un profundo bache económico y poblacional. La población de 8.500 habitantes de su etapa de capital (1845 a 1854) descendió hasta los 8.000 vecinos. El censo no se recuperaría hasta bien entrado el siglo XX.

Fuentes

Archivos

Archivo Municipal de Andoain (AMA-AUA).

Archivo Municipal de Errenteria (AME-EUE).

Archivo Municipal de Hernani (AMH-HUA).

Archivo Municipal de San Sebastián-Donostia (AMD-DUA).

Archivo Municipal de Tolosa (AMT-TUA).

Archivo Municipal de Oiartzun (AMO-OUA).

Archivo General de Gipuzkoa (AGG-GAO).

Archivo Histórico Notarial de Gipuzkoa (AHPG).

Archivo Histórico Diocesano de San Sebastián.

Koldo Mitxelena Kulturunea. Fondo Apalategui.

Diputación Foral de Gipuzkoa - Koldo Mitxelena Kulturunea (DFG-KMK).

Museo de San Telmo - STM.

Archivo Histórico de Loyola (AHL-LAH).

Fondo Familia Orbe-Barón de Montevilla.

Fondo Víctor Sierra Sesúmagá.

Bibliografía

ANTOÑANA, Pablo. Noticias de la Segunda Guerra Carlista. Institución Príncipe de Viana. Pamplona. 1990.

APRAIZ SAHAGÚN, Amaia; MARTÍNEZ MATÍA, Ainara. La arquitectura industrial en la villa de Tolosa. 2008.

APALATEGUI, Francisco. Relatos de carlistas y liberales. Auspoa Liburutegia. Gipuzkoako Foru Aldundia. 2005.

Apuntes históricos del Excmo., Sr. General Lizárraga durante la campaña de 1872 a 1876. *Révue Internationale des études basques* T. 24 (1933), p. 419-428.

- AROSTEGUI, Julio. Carlismo y las guerras carlistas: hechos, nombres e ideas: La Esfera de los Libros. Madrid. 2003.
- ARTOLA, Miguel. Historia de Donostia-San Sebastián. 2000. Editorial Nerea.
- AZURMENDI, Xabier. El cura Santa Cruz. Editorial Ekintza. Bilbao. 1986.
- BAHAMONDE, Ángel. Historia de España siglo XIX. Ediciones Cátedra. Madrid. 1994.
- BARAS, Monserrat. El sistema electoral. Editorial Tecnos. 1996. Madrid.
- BAROJA, Serafín. Crónica de la Segunda Guerra Carlista: enero y febrero de 1876. San Sebastián: Txertoa. 1986.
- BELAUSTEGUI, Unai. El republicanismo en Gipuzkoa 1868-1923: organización y desarrollo político. Estudios vascos. UPV 2014.
- BERRIOCHOA AZCARATE, Pedro. Aiete. Caseríos, casas y familias. Lantxabe 2016.
- BERRIOCHOA AZCARATE, Pedro. Viajeros en la vieja San Sebastián. Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián. N.º 50. 2017, págs. 71-112.
- BREA, Antonio. Portugalete y la II guerra carlista. Portugalete: Fundación El Abra. 1955.
- BREA, Antonio. Campaña del Norte de 1873 a 1876. Barcelona: Biblioteca popular carlista. 1897.
- BUENO, José María. Uniformes, banderas y organización de las tropas carlistas (1872-1876). 2011 Alcañiz. Fresno editores.
- BURGOS, Jaime del. Navarra en el alzamiento de 1872. El fracaso de Oroquieta. 1951.
- BURGOS, Jaime del. Carlos VII y su tiempo: leyenda y realidad. Pamplona. Gobierno de Navarra, departamento de educación. 1994.
- CALPISTEGUI, Francisco Javier; LARRAZ, Pablo; ANSORENA, Joaquín. Aventuras de un gentleman en la tercera guerra carlista. Imágenes de la sanidad en la guerra de 1872-1876. Gobierno de Navarra, 2007.
- CARRIÓN ARREGUI, Ignacio María. Una aproximación a la intensidad industrial vasca: la industria vasca en 1860.
- CASTELLS ARTECHE, Luis. El Sexenio Democrático y su repercusión en Guipúzcoa. Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae. Vol. 2. 1885. págs. 1.271-1.290.
- CASTELLS, Carmen. Desenlace de la guerra carlista a través de la prensa guipuzcoana: “El cuartel real y “El diario de San Sebastián”. 1967.
- CURROS ENRÍQUEZ, Manuel. Cartas del Norte (crónicas de la campaña carlista). Librería de los Sucesores de Hernando. 1910.

- DE GALAR, Juan Ignacio: Ideología del nacionalismo vasco. En *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*. Vol. 2. 1885. Pp. 1.129-1.336.
- El Estandarte Real. Año III, número 23, 1031, Barcelona.
- El sitio de Bilbao, 1874: diario epistolar del Excelentísimo Sr. D. María Cortázar y Munibe. Bilbao: Muelle de Urribitarte, 2013.
- ESTORNÉS, Idoia. Carlismo y abolición foral: en torno a un centenario, 1976-1976. Colección Auñamendi. Donostia-San Sebastián. 1976.
- FERRER, Melchor. Historia del tradicionalismo español. Tomo XXVI. Sevilla: Trajano. 1941.
- GARATE OJANGUREN, María Monserrat. El proceso de desarrollo económico en Guipúzcoa. Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Guipúzcoa. 1976.
- GARMENDIA, Vicente. La Segunda Guerra Carlista. Madrid: Siglo XXI de España, 1976.
- GARMENDIA, Vicente. La ideología carlista, 1868-1876. San Sebastián. 1984.
- GARMENDIA, Vicente. Miguel Dorronsoro y Ceberio. Un estadista guipuzcoano hace un siglo. Sancho el Sabio N.º 4, 1984, págs. 51-104.
- GUIRAO, Ramón; GONZÁLEZ, Rafael. Guerras carlistas en Irun y Hondarribia. Almena ediciones. Madrid, 2016.
- Hechos, anécdotas y relatos de las guerras carlistas. Mikelatz. blogspot.com
- HERNANDO, Francisco. Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877). A. Roger y Chernoviz. París. 1877.
- JUGLAR, Antoni. Pi y Margall y el federalismo español. 2 vols. Taurus. Madrid. 1975.
- LARRINAGA, Carlos: Inversiones extranjeras en Guipúzcoa en el siglo XIX (1842-1875). Historia contemporánea N. 33. 2006 pp. 687-718.
- LARRINAGA, Carlos. Comercio con América y traslado de las aduanas. El nacimiento del liberalismo económico en Guipúzcoa en la primera mitad del siglo XIX. Anales de historia contemporánea. Vol. 21. 2005, pp. 324-344.
- LARRRINAGA, Carlos. Los comerciantes banqueros y la industrialización guipuzcoana. Historia contemporánea N. 27. 2003, pp. 831-854.
- LUENGO, Félix: "Restauración: identidad, fueros, y autonomía, liberales, republicanos y carlistas" pp. 135-157. En *la autonomía vasca en la España contemporánea*, editores Castells, Luis y Cajal, Arturo. Marcial Pons historia, 2009.
- MANE FLAQUER, Juan. Viaje por Guipúzcoa al final de su etapa foral. 1876. Librería Villar. Bilbao. 1969.
- MANTEROLA, José. "Breve noticia de algunas comparsas y fiestas de carnaval habidas en San Sebastián durante el pasado siglo". Euskal-Herria: revista vascongada en San Sebastián T. 58, 1908, pp. 140-160.

- MARTÍN, Ángel: La construcción de Tolosa. Colegio Oficial de Arquitectos Vasconavarros. Bilbao 1993, pp. 196-203.
- MARTÍN, Ángel: Los orígenes del ensanche Cortázar. Barcelona: Fundación Colegio de Arquitectos, 2004, pp. 132-145.
- MARTÍNEZ, Fernando; CANAL, Jordi; LEMUS, Encarnación. París ciudad de acogida, el exilio español durante los siglos XIX y XX. Madrid Pons ediciones. 2010.
- Memorias inéditas de Juan José Recondo Mujica. Archivo del barón de Montevilla.
- MELGAR, Francisco Martín. Veinte años con D. Carlos: memorias de su secretario el conde de Melgar. Espasa Calpe. Madrid. 1940.
- MEYLAN, Auguste: A Travers de las Espagnes. Sauduzet et Fischbacher editeurs, 1876.
- MONTERO DÍAZ, Julio. El estado carlista: principios teóricos, y práctica política (1872-1876). Madrid: Aportaciones siglo XXI. 1992.
- MUÑOZ ECHEBAGUYEN, Fermín. Anales de la Segunda Guerra Carlista en San Sebastián: como se vivió la guerra en la ciudad. Donostia-San Sebastián. Fundación Kutxa. 2002.
- NADAL, Jordi. El fracaso de la revolución industrial en España (1814-1913). Editorial Crítica, 2009.
- Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Tomos III, IV, V y VII. Cuerpo del Estado Mayor del ejército. Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883.
- OYARZUN, Román. Historia del carlismo. Alianza Editorial. Madrid, 1969.
- OLIVER y RUBIO, Antonio. Dorregaray y la traición del Centro. Apuntes para la historia de la última guerra civil. Imprenta Vda. de Lamaignere, 1876.
- ORTIZ de ORRUÑO, José María. Fueros, identidades y guerras carlistas; en La autonomía vasca en la España contemporánea, editores Castells, Luis y Cajal, Arturo. Marcial Pons historia, 2009.
- Pardo SAN GIL, Juan. La segunda guerra carlista en “El Norte” (1872-1876): Los ejércitos contendientes.
- PARDO SAN GIL, Juan. Las operaciones navales en la última guerra carlista (1872-1876). Revista de historia contemporánea. Año n.º 20, n.º 58, 2005, pp. 133-154.
- PARDO SAN GIL, Juan. Los ejércitos carlistas en 1872-1876. Revista de historia contemporánea. Año n.º 20, n.º 58, 2005.
- PIRALA, Antonio: Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil. Tomo 16. Pamplona: Herper, 1999, pp. 428-432.
- Población y Fernández, Antonio. Historia orgánica de los hospitales y ambulancias militares. Imprenta Ángel Cuadrado. Ciudad Rodrigo. 1880.

- PURGA, María Teresa; FERRER, Eusebio. Los reyes que nunca reinaron: los carlistas, "reyes" o pretendientes al trono. Flor de Viento ediciones. Barcelona. 2002.
- RECONDO BRAVO, José Antonio. El Camino Real de Tolosa a Pamplona. 2010.
- RECONDO BRAVO, José Antonio. La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876): Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos. Michelena Artes Gráficas, S. L. Astigarraga (Gipuzkoa). Mayo. 2018.
- RODRÍGUEZ ASURMENDI, Luis, Insurrección carlista de 1872. Editorial Imprenta de la Galería Literaria. Madrid. 1872.
- RODRÍGUEZ del CORO, Francisco. Revolución burguesa e ideología liberal en el País Vasco (1866-1872). Diputación Foral de Álava, servicio de publicaciones. 1985.
- ROLDÁN GONZÁLEZ, Enrique. Un corresponsal en España: 50 crónicas de la Tercera Guerra Carlista. Colección Luís de Larramendi, 2006.
- RODRÍGUEZ UNDIANO, Eusebio. Diario del Bloqueo de Pamplona, 1874-1875. Pamplona: Imprenta y librería Joaquín Lorda, 1875.
- ROQUERO USSIA, María Rosario. La beneficencia en San Sebastián. Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra. Fundación Kutxa, 2000.
- SÁEZ GARCÍA, Juan Antonio. Las fortificaciones liberales en las proximidades de San Sebastián durante la última guerra carlista. Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián. N. 35 (2001). Pp. 255-327.
- SAGRERA, Ana. La duquesa de Madrid: última reina de los carlistas. Palma de Mallorca. 1969.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel; LA PARRA, Emilio. El anticlericalismo español contemporáneo. Biblioteca Nueva. Madrid. 1998.
- SATURNINO JIMÉNEZ, Enrich. Secretos e intimidades del bando carlista en la pasada guerra civil: Editorial Sancho el Fuerte. 1876.
- SEGUROLA JIMÉNEZ, Marco. Evolución del espacio industrial de Tolosa.
- VILLAR, Juan. La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX. Editorial Síntesis. Madrid. 2007.
- URRICELQUI PACHO, Ignacio. Recuerdos de una guerra civil. Álbum del bloqueo de Pamplona. 2007. Gobierno de la Rioja.
- URQUIJO GOITIA, Mikel. Fueros y Revolución en el origen de la II guerra carlista. Vasconia 26, 1968, pp. 165-178.